

LA HIJA DE CELESTINA

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS
BARBADILLO

LA HIJA DE CELESTINA

Textos preliminares	481
Llega la hija de Pierres y Celestina a Toledo en una noche de regocijo y, mientras ve la fiesta, arma conversación con un mozuelo de poca malicia que la da ocasión de ejercitar la suya	487
Hace un sutil engaño la hija de Pierres y Celestina y, volviendo las espaldas al peligro, huye de Toledo	495
La hija de Celestina y demás compañeros prosiguen su camino, y ella cuenta a Montúfar su vida y nacimiento	501
Vese la hija de Pierres y Celestina en peligro de pagar con la vida el hurto y líbrase por su hermosura	508
Don Sancho se vuelve a Toledo y de allí pasa a Burgos, cansado de buscar en Madrid a Elena; y ella y Montúfar huyen de la corte en hábito de peregrinos.	

Elena hace una burla a Montúfar, de que él toma satisfacción	514
Quédanse Elena y Méndez en aquella solitaria prisión, donde se ven en mayor confusión que la pasada	523
Elena, Méndez y Montúfar, apartándose del camino de Burgos, pasan a Sevilla, donde con artificio traen a su devoción todo el pueblo; hasta que, después de algunos días, descubren las manchas de su mala vida, pagando con ella Méndez la culpa de todos	526
Elena y Montúfar huyen a Madrid, adonde se casan y viven con infame libertad hasta que acaban sus días miserablemente	535

APÉNDICE

Adiciones al texto de <i>La hija de Celestina en La ingeniosa Elena</i>	543
Textos preliminares	545
No puede dormir Montúfar aunque lo procura y, por pasar la noche con menos disgusto, refiere de memoria los dos curiosos papeles de la madre y el marido.	556
Elena, Méndez y Montúfar, apartándose del camino de Burgos, pasan a Sevilla, en cuya jornada, haciendo medicina del cansancio la conversación, refiere Montúfar <i>La novela del pretendiente discreto</i>	572
Obligado de justo recelo, suspende el cuento Montúfar; y en el entretanto alegra el mozo de mulas, cantando, a los pasajeros; hasta que, volviendo a su primer discurso, prosigue <i>La novela del pretendiente discreto</i>	577
Hacen noche, una jornada de Sevilla, nuestros caminantes; y saliendo con el alba de la posada, el mozo de mulas da fin a su canto, y Montúfar a su novela ...	592
Entran en Sevilla Elena, Méndez y Montúfar, donde con artificio traen a su devoción todo el pueblo, hasta que, después de algunos días, descubren las manchas de su mala vida; pagando con ella Méndez la culpa de todos	602

LA HIJA DE CELESTINA

Por Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Impresa por la diligencia y cuidado del alférez Francisco de Segura, entretenido cerca de la persona del señor virrey de Aragón.

A don Francisco Gassol, caballero del orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad y su protonotario en los reinos de la Corona de Aragón.

Con licencia.

En Zaragoza, por la viuda de Lucas Sánchez. Año de 1612.
A costa de Juan de Bonilla, mercader de libros.

APROBACIÓN

Yo, el doctor Gregorio Juan Palacios, catedrático de sexto de la Universidad de Zaragoza y capellán del ilustrísimo y excellentísimo señor don Pedro Manrique de Lara, arzobispo de la misma ciudad, por comisión del señor doctor Juan Sentís, su vicario general, he visto esta obra intitulada *La hija de Pierres y Celestina*, y no hay en ella cosa contra nuestra santa fe católica; antes bien, el autor muestra su agudo ingenio y, entreteniéndolo con singulares gracias el gusto, enseña cuánto se han de guardar los hombres de una ruin mujer; y así se podrá imprimir.

En Zaragoza, a 24 de abril de 1612.

EL DOCTOR GREGORIO JUAN PALACIOS

LICENCIA

Imprimatur.

EL DOCTOR JUAN SENTÍS, VICARIO GENERAL

APROBACIÓN

Puede el señor Regente [de] la Real Cancellaría dar licencia para que se imprima el presente libro.

En Zaragoza, a 5 de mayo 1612.

EL DOCTOR JUAN PORTER

El doctor Joseph de Sesse, Reg.

PRÓLOGO

A DON FRANCISCO GASSOL, CABALLERO DEL ORDEN DE
SANTIAGO, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD Y SU PROTONOTARIO
EN LOS REINOS DE LA CORONA DE ARAGÓN

EL ALFÉREZ FRANCISCO DE SEGURA

Pasando a Cataluña Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo por esta ciudad de Zaragoza, con quien, en fe de ser todos de una patria y nacido en ese reino de Toledo, profesé estrecha amistad, dejó en mi poder por prendas de voluntad algunos de los más felices trabajos de su ingenio; y entre ellos esta sutil novela de *La hija de Celestina*, donde la invención es agudísima, la disposición admirable y la elocución peregrina.

Leíala muchas veces y contentome tanto que me dolí de que esta obra no se comunicase a todos, y así tomé resolución de imprimirla. Y habiéndolo de hacer, darle a Vuestra Merced por dueño y patrón, tanto por no defraudar el intento del autor, que sé yo bien que, si él la pusiera en el molde, lo hiciera así, como por lo que yo me precio y honro con el nombre de criado y servidor de Vuestra Merced, cuya persona guarde Nuestro Señor mil años, en vida mi señora, doña Juana de Mendoza, y en estado y sucesión acreciente.

De Zaragoza y mayo 22 de 1612.

EL ALFÉREZ FRANCISCO DE SEGURA

A ALONSO DE SALAS BARBADILLO, EL ALFÉREZ
FRANCISCO DE SEGURA

No en bruñido papel del fértil Paro,
en liso mármol, ni en acero duro,
depósito inmortal cierto y seguro
de altas empresas contra el tiempo avaro;
no en el labrado bronce, por reparo
del torpe efecto del olvido oscuro,
tu elegante decir, tu estilo puro
has querido estampar, ¡oh Salas raro!;
mas hoy entre las ninfas del Sebeto
coronas a tu Elena y la eternizas
con tan heroico y tan gentil decoro,
que, aunque parece humilde en el sujeto,
renacerán, cual fénix, sus cenizas
del Bórea al Austrio, y desde el indio al moro.

DEL CAPITÁN ANDRÉS REY DE ARTIEDA

La próspera moral filosofía
—considerada la flaqueza nuestra—
no solo con preceptos nos adiestra
y con licción histórica nos guía;
pero con el adorno de poesía
la angosta senda de virtud nos muestra,
y del ancho carril de la siniestra
con trágicos ejemplos nos desvía.
En esta historia que deleita y mueve,
y enseña en cualquier género de cosa
lo que dejarse y conseguirse debe,
muestra el autor su ciencia milagrosa;
digo, el hijo adoptivo de las nueve,
conocido por tal en verso y prosa.

LLEGA LA HIJA DE PIERRES Y CELESTINA A TOLEDO
EN UNA NOCHE DE REGOCIJO Y, MIENTRAS VE LA
FIESTA, ARMA CONVERSACIÓN CON UN MOZUELO
DE POCA MALICIA QUE LA DA OCASIÓN
DE EJERCITAR LA SUYA

A la imperial Toledo, gloriosa y antigua ciudad de España —tan gloriosa que la reina a quien hacen corte los serafines la ennobleció con visitarla, dejando por testigo la piedra donde puso sus plantas, a quien la fe y piadosa religión de sus católicos ciudadanos devotamente reverencia; y tan antigua que la soberbia del romano imperio no la juzgó por indigna de ser asiento de su silla las veces que sus príncipes vinieron a España—, llegó una mujer llamada Elena (a cuyo nacimiento y principios les espera más agradable lugar), en el tiempo que la primavera anda tan liberal con los campos que a ninguno deja quejoso ni mal vestido, aunque en las galas que les reparte hace de unos a otros diferencia notable.

Mujer de buena cara y pocos años, que es la principal hermosura, tan sutil de ingenio que era su corazón la recámara de la mentira, donde hallaba siempre el vestido y traje más a su propósito conviniente. Persona era ella que se pasara diez años sin decir una verdad, y lo que más se le ha de estimar es que nunca la echaba menos y vivía muy contenta y consolada sin sus visitas; cierto que mentía con mucho aseo y limpieza, y que salía una bernardina de su boca cubierta de pies a cabeza de tantas galas que se llevaba los oídos de los que la escuchaban sin poderse defender los más severos y rigurosos ánimos. Decía ella muchas veces que aquello era todo buen natural, y tan copioso que en una hora que ella se recogiese con su pensamiento echaba una tela que le duraba todo el año; y era tan casera y hacendosa la buena señora que nunca

salía del telar. Bastara muy bien a dar provisión de esta mercadería, quedándole la casa llena, a todos los poetas de Castilla, con haber tantos que se pudieran hacer a sus tiempos sacas de ellos para Vizcaya, atento a ser tierra que no los lleva y que para tenerlos es fuerza que los traiga de fuera del reino. Al fin, pasaba con esta gracia su vida, que, acompañada de su cara, dentro de pocos años hicieron mucha hacienda.

Eran sus ojos negros, rasgados, valentones y delincuentes. Tenían hechas cuatro o cinco muertes, y los heridos no podían reducirse a número. Miraban apacibles a los primeros encuentros prometiendo serenidad; pero, en viendo al miserable amante engolfado en alta mar, acometían furiosos y, usando de aquella desesperada resolución «ejecútese luego», daban fin a su vida.

Vestíase con mucha puntualidad: de lo más práctico, lo menos costoso y lo más lucido; y aquello, puesto con tanto estudio y diligencia que parecía que cada alfiler de los que llevaba su cuerpo había estado en prenderse un siglo. El tocado siempre con novedad peregrina, y tanta, que el día que no le diferenciaba, por lo menos el modo con que le llevaba puesto, no era ya hoy como ayer ni como hoy mañana; y tenía tanta gracia en esto de guisar trajes que, si las cintas de los chapines las pasara a la cabeza y las de la cabeza a los chapines, agradara, ¡tan vencidos y obligados estaban de su belleza los ojos que la miraban!

Para su cara no consultaba otro letrado de quien más se fiase que el espejo; y así, muy de ordinario acudía a tomar su parecer no atreviéndose a salir de su voluntad, donde las cejas, los dientes, el cabello y, al fin, desde la menor hasta la más principal parte, pasaba rigurosa censura y obedecían su corrección.

Pues, si hablamos del espíritu noble con que ella hacía vivir todas estas cosas y parecer que en cada una de ellas asistía un alma particular, es ofender a la naturaleza pintando mal lo que ella dio bien. Cada una de sus hazañas me importuna por particular corónica, y son tan dignas de vivir celebradas que nunca seré culpado de prolijo.

¡Oh qué mujer, señores míos! Si la vieran salir tapada de medio ojo, con un manto de estos de lustre de Sevilla, saya

parda, puños grandes, chapines con virillas, pisando firme y alargando el paso, no sé yo cuál fuera de ellos aquel tan casto que, por lo menos, dejara de seguirla, ya que no con los pies, con los ojos siquiera, el breve tiempo que estuviera en pasar la calle.

Con estas gracias y otras muchas con que se duerme ahora mi pluma, porque piensa despertando a muchos hablar a su tiempo, entró cuando la noche y en ocasión en que la ciudad ardía en común gozo, porque los más principales de ella hacían una máscara celebrando las bodas de un caballero forastero y de una señora deuda de todos. Las ventanas estaban pobladas de varias luces, así de las artificiales como de las naturales que nacían de los hermosos ojos de tantas damas; que cualquiera de ellas era un seguro competidor del cielo —seguro digo porque le vencía con tan manifiestas ventajas que allí la victoria no estaba dudosa—, porque esta felicísima ciudad goza, llevando a todas las demás de estos reinos la gloria, insignes mujeres, bellas en los cuerpos, discretas en las almas, suaves en la condición, liberales en el ánimo, honestas en el trato. Deleitan cuando hablan, suspenden cuando miran, siempre son necesarias y jamás su lado parece inútil, porque como demás de la belleza, en cuyo gozo se ocupa y ejercita el apetito que tan fácilmente se cansa y enoja de lo que buscó con ansia y solicitud, les dio el cielo la alteza de los ingenios, manjar forzoso del alma; y estos, mientras más se tratan, más se aman; es fuerza que en todos tiempos agraden; y parece que allí el cielo, generalmente con particular cuidado, usó con todas esta liberalidad, porque pocas son las que viven sin la compañía de estas buenas partes.

Por las calles y plazas públicas también andaban muchas de menor calidad en la sangre, que en lo demás bien competían, a cuyo olor iban mozuelos verdes y antojadizos de estos que ponen su felicidad más en que se sepa que no en que sea, «dígase, aunque nunca se haga»; gente que, porque con una rodela y un estoque de siete palmos, yendo trece en cuadrilla, hicieron volver las espaldas a un corchete mulato y zurdo, pregonan valentía y piensan que tienen jurisdicción sobre las vidas de sus vecinos; persuádense a que todo lo

matan: a las mujeres con su amor y a los hombres con su rigor; y al fin, los más mueren a los pies de su confianza.

Todos se esforzaban por hablar bien, no había ingenio que entonces no quisiese sacar a luz sus curiosidades. Ya hubo alguno, tan desalmado tahúr del vocablo, que jugó los ojos de su dama, porque como fuese en profesión y hábito estudiante, y le preguntase la causa de sus desvelos que cuántas hojas había estudiado aquel día de sus Bártulos, respondió:

—Señora mía, pocas, porque, como siempre estudio en esos ojos, fáltame tiempo para las hojas.

Con razón se puede correr un honrado ingenio la vez que por descuido y grave desdicha suya cae en bajeza semejante, porque este estilo y corriente bárbara se ha dejado solamente para los estudiantes sumulistas, porque, como nuevos en las escuelas, tienen dispensación para que aquel primer año, aunque sean viciosos de este juego, no incurran en pena alguna.

Uno de estos se le arrimó a nuestra Elena, que esperaba la fiesta junto a la Puerta del Perdón, porque por hacérsela al Ilustrísimo estaba aquel lugar entre los señalados para la carrera. ¡Oh qué tal era ella para desenvolver un mentecato! Parecía purga de necios, porque, visitándoles todos los rincones del pecho, les hacía vomitar, como dicen, las entrañas. Tomole la medida, reconociole una y otra vez, sintiole flaco y atreviósele. Púsole luego en el potro de la lisonja y, con halagos falsos, le hizo confesar lo que nunca imaginó.

Supo de él que era paje de un caballero viejo, tío del que aquella noche se desposaba, hombre de los más ricos y adinerados de Castilla y que dejaba, después de sus días, por heredero al sobrino, a quien amaba tiernamente como a única prenda de su sangre. El cual había solicitado tanto estas bodas, porque se mejoraban mucho en calidad con ellas, que se esforzó a dejar su tierra, que era el Andalucía, para dar más calor a la pretensión haciendo presencia; interés que le había puesto en una cama a peligro de perder la vida, por ser hombre de muchos años y haber intentado una jornada tan larga, como es la que hay desde Sevilla a Toledo, en los caniculares del invierno, que es como si dijéramos en los mayores fríos de noviembre.

Ella oía atenta, y él proseguía sin recelo, cuando la des-
embarazada y embarazosa picardía —porque para ninguna
cosa halla estorbo y en ninguna deja de hacerle aquella gente
tan acomodada que en todas partes encuentra la mesa puesta
y la cama hecha— venía anunciando la máscara corriendo y
gritando desordenadamente como ufana de ver que en este
mundo hay ocasión en que traen los pícaros mejor lugar que
los caballeros. Mezclábanse al descuido entre la gente y, como
padres comunes de bolsas desamparadas, si hallaban alguna
huérfana, la recogían con tanta caridad que la hospedaban
en su mismo pecho.

No me espanto, que todos buscan la vida en este mundo
trabajoso, y los más hurtando; y estos entre los muchos del
arte son dignos de causar mayor lástima porque caminan al
más grave peligro y conquistan pequeños intereses. Coge un
desdichado una bolsa con veinte reales y danle docientos azo-
tes: ¡la ganancia es buena!, ¡no le diérades siquiera a real por
azote! Sin duda que el más bárbaro jubetero, en cualquier
ciudad o villa, es el verdugo, pues [por] tan corto precio como
cuatro reales, que no son más sus derechos, os vestirá un jubón
tan al justo que parezca que os viene como si con él nacióra-
des. Y trae muchos provechos el servirse de tan buen oficial,
y el mayor es que todo lo que él obra lo acaba tan a propósito
del talle de la persona para quien lo trabaja que no puede ser-
vir a otra; y así naide hay que se atreva a pedirlo prestado:
dura tanto como la vida del dueño y a veces más, porque la
fama queda en la memoria de muchos.

Corrieron sus parejas los caballeros, que venían por extremo
galanes; tan bien que el vulgo, suspenso, les daba las gracias
en altas y confusas voces. Pero nuestro relator proseguía con
su proceso, y el juez malicioso escuchaba como quien siempre
se prometió que aquella conversación le había de ser llave para
abrir algún escritorio.

Últimamente entendió que el desposado era un hombre
muy rendido a las flaquezas de la carne, y tan rompido en
este vicio que no solamente procuraba la gracia y buen aco-
gimiento de las damas con regalos y cortesías, sino que a más
de una doncella había forzado, travesuras que le costaban al

viejo mucha cantidad de hacienda; y que uno de los fines por que más deseó casarle fue por entender que con la nueva obligación del matrimonio asentaría el pie firme, reconociendo que los tiempos no caminan igualmente y que los hombres principales deben mudar con el estado las costumbres. Este punto fue muy agradable a nuestra Elena —más hermosa que la griega y más liviana, que en lo uno y en lo otro, aunque vino tantos años después, la pasó muy adelante—, porque sobre él fabricó su industria lo que presto sabréis.

Preguntóle cómo se llamaba y de qué tierra era. Él dijo:
—Antonio, y de Valladolid.

Respondió ella:

—Por muchos años, señor galán. ¡Oh qué buen nombre! No presumo yo que será menos el hombre. Toda mi vida me ha corrido con hijos de vecino de Valladolid buena suerte, y cierto que tengo notado esto con cuidado, que es gente a quien más que a otra me inclino. No sé, en mis ojos son los que con más gala se visten, hablan más a tiempo, corresponden con mejor trato. Los más son tan bien entendidos que pueden aconsejar, y los que no, tan cuerdos que las cosas más fáciles no las intentan sin pedir consejo. No desconocen las caras de los amigos cuando los ven en trabajos, y a los enemigos perdonan, cuando se humillan, las mayores injurias, considerando que es feo vicio el de la venganza. ¡Oh Antonio mío, y cuántas virtudes te contaré de tus paisanos! ¡Labor tengo para muchos días!

Cuando el mozo, mal advertido y poco ejercitado en semejantes refriegas, se oyó llamar «Antonio mío» de aquellos labios de cuya hermosura elegante se pudiera vencer mayor sujeto que el de su corto ingenio, calentósele más el alma, y el corazón, inquieto y turbado, perdió pie; olvidósele a la lengua su oficio y, loco de verse favorecido, no sabía por dónde darle gracias; poníasele el ingenio de puntillas y, haciéndose ojos, buscaba razones que le sacasen de vergüenza. No pensó él que le dejaran sentar en el umbral de la puerta y viose llevar mano a mano hasta el retrete; holgárase de coger la fruta después de San Juan y hallola madura por Navidad; celebrara

por mucho favor que le dieran con el pie, y pusieronle a la mano derecha en la mejor silla.

«Cierto —decía muchas veces en su corazón— que todos los sucesos están a voluntad de la Fortuna: ella dispensa con absoluto parecer, y sus órdenes son obedecidas. En vano solicita con lágrimas tiernas, pierde los ruegos y las esperanzas el que no camina debajo de sus alas. Yo, un pobre paje con quien las medias se apuntan cada día; los zapatos, de vergüenza de verse rotos, pierden el color y de negros se vuelven blancos; el sombrero suda de congoja de lo mucho que sirve; la capa y ropilla, tan peladas como si hubiesen pasado por el martirio de las unciones; el cuello y puños, con tantas ventanas que, si fueran casas en la plaza de Madrid, me valieran un día de toros muchos ducados; persona en quien los codos son muy parecidos a los zapatos, porque también en ellos traigo tacones, excusando con esta diligencia que la miserable camisa no se ponga a acechar por ellos y hacer cocos —que, según está de negra, bien puede— y espantar todos los niños de las vecinas. Yo, pues, he merecido, por intercesión de mi buena estrella, en un hora un bien tan grande que, si le conquistara un poderoso soberbio a costa de muchos pasos y a fuerza de infinitos dineros en largo discurso de tiempo, se pusiera en un estado que fuera menester darle memoriales para acordarle que era hombre y debía mirar por su juicio».

Tan abrasado estaba del fuego de esta nueva Elena nuestro Antonio, ya segundo Paris, que con tales pensamientos se entretenía.

Acompañola hasta su posada, y ella hízole entrar. Rogole favoreciese una silla; y al obedecerla él y sentarse, cayósele la daga de la vaina y, si no acudiera al remedio con prontitud, estuvo cerca de clavarse en ella; pero volviéndola a su lugar dijo:

—Cualquier daño que me sucediera justamente le merecía, pues ya que esta noche tuve antojo de ponerme un aderezo de espada y daga de los muchos que tiene el desposado, escogí este, que se le dio el mal acondicionado viejo de su tío y mi amo día de San Pedro, este verano pasado en una jor-

nada que hizo a La Montaña; que bastaba ser don de manos tan avarientas para recelar de él cualquiera mal suceso.

—¡Ay, Jesús! —dijo ella—. Hame querido dar Vuestra Merced pesadumbre. ¡Ténganme!, ¡tengan, ténganme!, ¡que me cairé muerta! A fe que se me ha ausentado el alma, y más lejos de lo que parece. ¡Quítese esa daga luego, que no quiero que por lo menos esta noche la traiga consigo!

Y así como lo dijo, ella misma ejecutó su voluntad y se la tomó con su propia mano, que él, aprovechando la ocasión, besó, y ella no defendió. Preguntándole que a qué hora sería el desposorio, porque se determinaba ir embozada si en Toledo, por la vecindad de la corte, en semejantes ocasiones se permitía:

—Tarde —respondió—. Pienso que será más de las once de la noche, porque esperan que llegue de Madrid un señor de título, muy cercano pariente de entrambas partes, y por cuyo medio y buenos oficios ha tenido este casamiento efecto. Y, según dijo un criado suyo que llegó a Toledo a las cuatro de la tarde, vendría muy noche porque no podía salir de Madrid hasta después de medio día. Y si Vuestra Merced me diese licencia, me volvería a ver a mi viejo, que le dejó en la cama, y me la concedió limitada por un hora; y yo, obligado de la mucha que de Vuestra Merced indignamente reconozco haber recibido, he alargado la facultad de un hora a tres, que a mí me han parecido un breve instante. Y téngame lástima por amor de Dios, pues pierdo el regalo de su dulce conversación por la de un caduco impertinente, templado al tiempo del conde Fernán González, más hidalgo que Laín Calvo, y tan montañés que me dice infinitas veces esta vanidad: que la Casa de Austria deja de ser la más ilustre de todas cuantas hoy hay en el mundo solamente por no haber tenido sus principios en las montañas de León. Es persona que vive y se gobierna por las pragmáticas de los varones antiguos: respeta a las mujeres como a cosa sagrada; a todos los hombres bien nacidos, aunque sean tan pobres que no les cubra otra capa sino la del cielo, iguala con su persona; tiene en la memoria las sentencias del sabio Catón, que andan en bocadillos de oro, y refiérelas con mucho respeto y veneración.

»¡Y a fe que no hay poco trecho desde este mesón del Carmen hasta las casas del conde de Fuensalida, adonde está aposentado el señor don Rodrigo de Villafañe, mi amo! No sé yo cómo me estoy tan descuidado en el verde dándome uno y otro floreo, y más que esta noche, como han de acudir a la casa de la novia donde se ha de celebrar el desposorio, es fuerza que le dejen solo.

»Al fin, señora, voyme; y quedo con Vuestra Merced tan presente que será más fácil dejar el alma, el amistad y compañía del cuerpo que la de Vuestra Merced y sus hermosos ojos.

Así razonaba cuando, oyendo ella golpes a la puerta, dijo:

—¡Ay, dicha mía! ¿Cuándo seréis vos buena?, ¿tarde o nunca? ¡Esto me teníades guardado agora a la vejez!, ¿cuando no hay muelas, el pan más duro? ¡Señor, ánimo y al remedio!, ¡escóndase, presto!

Y diciendo esto metiote por la mano otro aposentillo más adentro, donde, torciendo la llave, se le dejó olvidado por más horas de las que él pensó.

HACE UN SUTIL ENGAÑO LA HIJA DE PIERRES Y CELESTINA Y, VOLVIENDO LAS ESPALDAS AL PELIGRO, HUYE DE TOLEDO

ABRIENDO, pues, al que llamaba, que era un galán suyo que, a título honesto de hermano, para cumplir con la buena gente, la acompañaba en bien peligrosas estaciones, recibíendole entre sus brazos, en breves palabras le contó al oído la aventura de aquella noche; y dándole parte de todo su pensamiento, mandó poner el coche de mulas en que había venido. Y entrando con ellos una criada vieja, mujer muy cumplida de tocas y rosario, de cuyas opiniones y doctrina se fiaban los negocios de más importancia y peso, y en un estribo un pajecillo de catorce a quince años, diestro en las embajadas de amor, cuyas manos eran dichoso paso para cualquier billete porque de ellas con seguridad llegaba a las del galán

o dama a quien se dirigía, caminó a la calle de los cristianos modernos, en cuyas casas es más nueva la fe que los vestidos, aunque los hacen cada día para vestir con ellos a los que los pagan tanto más de lo que valen, que, si lo consideran, más los desnudan que los visten.

Ya iban los de la máscara desordenados: por aquí dos, por allí cuatro, todos a mudarse hábito; y el pueblo trataba de recogerse. Don Sancho de Villafañe, que era el desposado, que caminaba con su compañero a lo que los demás, encontró el coche; y con la luz de las hachas acertó a ver el rostro de Elena, que de paso le tiranizó el alma con tan poderosa fuerza que, si le fuera posible, siguiera la hermosa forastera y perdonara de muy buena gana la boda. Y, sin duda, se arrojará en los brazos de tan loco disparate si no ahogara la prudencia por entonces este deseo, que antes de nacido fue muerto. Él prosiguió a su negocio, y ella al suyo; que, alargando el paso, en breve tiempo llegó a la ropería, adonde entrando en la casa más proveída, sin reparar en conciertos porque entonces, por no detenerse y ganar tiempo, quería perder dinero, compró tres lutos que vistieron ella, su hermano y el pajecillo, sin atender a la curiosidad y aseo de que conformasen con los talles de las personas.

Volviéronse al coche, que los llevó a las casas del conde de Fuensalida. Aquí ordenó al pajecillo que se apease y, preguntando por el cuarto del señor don Rodrigo de Villafañe, entrase en sus aposentos y le dijese que una señora montañesa que acababa de llegar de León para un negocio de mucha importancia y consideración le quería besar las manos; y así, le suplicaba que en todo caso le diese licencia. El muchacho obedeció, volviendo con muy buen despacho.

El buen viejo mandó a otro paje, compañero del que estaba encerrado, que pusiese sillas y saliese con un hacha a recibir visitas de tanta autoridad. Y él se incorporó en la cama, dándose prisa a poner los botones del jubón y añudando más el tocador que tenía en la cabeza puesto. Cuando, clavando los ojos en la puerta de la pieza, vio —no con pequeña admiración de sus ojos y mayor de su corazón— entrar un hombre tan cubierto de luto que pudiera segunda vez retar a Zamora; y después de él, dos mujeres en el mismo traje, aunque el de

la más moza representaba mayor dolor porque traía cubierto el rostro con el manto negro y basto, a quien seguía el paje-cillo, no menos enlutado y llevándola una falda tan larga que, dejándola caer luego como entró en la sala, ocupó todo el suelo.

Hicieron al enfermo tres reverencias, todas por un compás: la primera, al entrar por la puerta; la segunda, en medio del aposento, y la tercera, al tiempo de tomar las sillas. Sentáronse las dos hembras, y arrimáronse a un lado, descubiertos, los varones, porque pareció convenir así que también Montúfar, que hasta entonces había representado el papel de hermano, le hiciese de criado.

El enfermo las recibió quitándose con las manos un bonete de seda que sobre el tocador tenía puesto en la cabeza y diciendo:

—Beso las manos de Vuestras Mercedes mil veces. ¡Oh cuánto me pesa, nobles señoras, del doloroso traje! Díganme Vuestras Mercedes así la causa de él como la ocasión de venir a hacerme este favor en hora tan fuera de costumbre para las mujeres principales.

Aquí Elena, que sabía que una mujer hermosa tal vez persuade más con los ojos llorando que con la boca hablando, en lugar de razones acudió con una corriente de copiosas lágrimas tan bien entonada, ya alzando, ya bajando, limpiándose ya con un lienzo los ojos por mostrar la blanca mano, y ya retirando el manto porque se viesen en el rostro las lágrimas, que, cuando es hermoso, tanto obligan a piedad vistas como oídas, que a quien tuviera el pecho tan duro como la condición de un miserable rindiera y le forzara a compadecerse.

Estaba el viejo en éxtasis, y cuando esperaba conocer de dónde traía el origen tan desesperado sentimiento, porque el río de los ojos de Elena, que se había extendido por todo el campo de la cara, sufría ya márgenes y se volvía, como dicen, a la madre, la anciana vieja, que le pareció empezar por donde la compañera acababa, acometió con tanto brío que mal año para lo que la otra había llorado. Al fin, como persona que de muchos años atrás estaba enseñada a hacerlo de sol a sol sin necesidad, advirtió que sería de mucho efecto para el auditorio acu-

dir al ademán de los cabellos, y tirando de unos que ella traía postizos toda la vida para hacer más al vivo semejantes pasos, pareció que los arrancaba a manojos.

El muchacho, que estaba detrás de las sillas, cuando le hicieron la seña que entre ellos venía concertada, derramó lo que fue bueno, haciendo todos tres una capilla que se pudiera alquilar, si fuera el tiempo del Cid Ruy Díaz, para plañir los difuntos.

El miserable oyente humedeció también la cara y, esforzándose para hablarlas, las conjuró por todos los santos del cielo para que, corrigiendo el llanto, le diesen parte de su principio, porque aseguraba, a fe de caballero y honrado montañés, que la menor prenda que por ellas aventuraría sería la hacienda, porque la vida poca que le quedaba con mucha liberalidad la perdería en su servicio, pesándole de no estar en los primeros tercios de la edad, cuando la sangre arde y los miembros se hallan fáciles, para que conocieran en las obras sus deseos.

Oyéronle más blandas, serenaron los semblantes y, pareciéndoles que en el llanto habían andado tan cumplidas como quien ellas eran y que contradecía a buena razón gastar allí todo el caudal porque no sabían en las necesidades que, adelante con el tiempo, se verían de esta moneda, demás de que se perdía en la dilación, la vieja, echándose el manto en los hombros porque el rostro venerable obligase más, empezó a orar de este modo:

—Guarda el cielo a Vuestra Merced, señor don Rodrigo de Villafañe, y dele la salud que puede, que aunque nosotras le traemos malos instrumentos para tenerla, porque pesares grandes más son agentes que solicitan la muerte, se la deseamos con veras; pero cuando las ocasiones vienen tan estrechas que es fuerza huir, naide hay que no se arroje por la ventana si no halla cerca la puerta. El caso es apretado, y la razón nos avergüenza dando gritos.

Aquí se dio el viejo una palmada y, arrancando un suspiro, dijo:

—¡Plega a Dios que yo me engañe! ¡Es alguna mocedad o, por mejor decir, necedad de las que hace mi sobrino! No que-

ría que por adivino me azotasen. Prosiga Vuestra Merced y, si puede, no pare, hija, porque será darnos muy mala noche.

Cobró con esto Elena un ánimo valeroso y acometiole diciendo:

—Pues Vuestra Merced por tantas experiencias conoce sus liviandades y sabe que no tiene ley si no es con sus apetitos desordenados, no se le hará nuevo a los oídos mi caso, porque habrá remediado otros muchos semejantes.

»Cuando Vuestra Merced, por mi desdicha, este verano pasado envió a ese caballero a nuestra tierra, me vio en una iglesia, adonde, si fuera verdad lo que él me dijo, los dos nos pudiéramos quedar en ella: yo, retraída como matadora; y él, sepultado como difunto, porque me afirmó que mis ojos habían sido poderosos a quitarle la vida valiéndose del lenguaje común y tretas ordinarias. Siguiome hasta mi casa y, aunque pudiera respetarme por mis deudos entonces, pues en ella conoció la calidad de mi sangre, no quiso. Escribiome, paseó mi calle, de día a caballo y de noche a pie, acompañado de músicos; y al fin, por morir consolado, hizo todas las diligencias posibles como prudente enfermo. Pero viéndose de mí cada día peor acogido y que los ruegos eran de poco efecto, aconsejado de una esclava berberisca que era de mi madre, que vivía entonces, a quien él había ofrecido libertad, fue a cierta huerta donde yo las mañanas del verano solía, como quien tenía el ánimo limpio de sospechas, sola y sin más compañía, ir con ella de la mano a recrearme. Y, habiéndose encerrado en los aposentos del casero y guarda que la asistía, a quien con cierta industria envió al lugar, no quedando allí sino un muchacho de edad de once a doce años, aguardó a que yo estuviese dentro y, quitándole las llaves, cuando le pareció ocasión, se hizo dueño de las puertas, donde con una daga que me puso a los pechos alcanzó con villana fuerza lo que no había podido con blanda cortesía, para cuyo efecto, cuando me vio rendida, dejó caer la daga en el suelo.

»A este tiempo volvió el hortelano acompañado de otros y, llamando a las puertas con priesa, él, que temió más a la pena del delito que a la vergüenza de haberle cometido, huyó por unas tapias, dejándose allí las llaves con que el muchacho

abrió a su padre y los demás que lo acompañaban. Yo alcé la daga y, guardándola, esforcé el ánimo para que en el rostro no se conociese, por la alteración, que estaba disgustada. La esclava, que para dar más colores a la cautela había hecho que me defendía con tanto artificio que se dejó herir en una mano, adonde fue necesario apretarse un lienzo, se llegó a mí y, haciéndose muchas cruces, invocó todo el poder del cielo para que con todas las penas del infierno castigase tan mal hombre. Maldíjole una y otra y tantas veces, llenando su rostro de lágrimas, que parecía verdad, aunque yo conocía bien su aleroso pecho ejercitado en traiciones; pero convínome por entonces tomarlo por el precio que me lo vendían. Disimulé todo lo más que pude y volví con ella a mi casa, de donde faltó dentro de pocos días. Nunca dije, aunque lo conocí como persona que pisaba sobre la malicia, quién nos había hecho el mal juego; callé sin dar parte ni de lo uno ni de lo otro a naide en la tierra, librando en el cielo la satisfacción. Él se ausentó, y mi madre murió sin dejarme más sombra que la de mi tía, que, a no tener hijas mozas de cuyo remedio ha de tratar en primer lugar, era bastante arrimo.

»Supe que este caballero estaba tan lejos de poner los ojos en su obligación que se casaba. Y así, vine, con la mayor diligencia que he podido, a dar parte a Vuestra Merced para que antes que salga de esta pieza me dé para entrarme monja, o en dinero de presente, o joyas que los valgan, dos mil ducados; porque, cuando él esta noche, con gusto de Vuestra Merced y todos sus deudos, me quisiera por mujer, diera de mano al ofrecimiento, porque no tengo por seguro hombre tan determinado. Y si Vuestra Merced no se resuelve presto, iré a poner impedimento, porque, según tengo entendido, antes de un hora se efectuará el desposorio, y no es mi intención perder la solicitud y pasos que, desde León hasta Toledo, con tanto trabajo hemos dado.

»Y para que Vuestra Merced vea el instrumento de la traición y conozca en él mi verdad, esta es la daga que me puso al pecho.

El venerable viejo, que había oído atento y que desde el principio le había parecido el caso fiel, cuando vio la daga y

la conoció, dio en su ánimo entero crédito, donde hizo este breve discurso:

«Si yo enviase a llamar a mi sobrino y le sacase de entre tantos caballeros, sería dar nota y quizá ocasión de que algunos curiosos le siguiesen, de los que en esta pretensión le han sido competidores. Y, entendiendo de las voces que han de dar estas mujeres la bajeza de su ánimo, llevasen nuevas a la novia que fácilmente desconcertasen las bodas, perdiendo en un hora lo que con mucho trabajo y costa he pretendido muchos años. ¡Bueno es que quien arrojó al mar, por salvar su persona, las joyas, la plata y el oro, repare en la ropa! He gastado lo más y ¿dudará en lo menos? Fuera de que la hazaña es muy propia de su corazón y seguramente la creo; no desdice el paño: todo es de un color y de una misma pieza».

Él así discurría, cuando, viéndolas hacer ademán de levantarse para ir a ejecutar lo que tenían propuesto, las detuvo, dando al paje la llave de un escritorio, de donde sacó la cantidad en oro, en doblones de a cuatro, y se la entregó, contándola Montúfar, que se hizo entregado en ella doblón sobre doblón. Conque, diciendo que a la mañana se verían, tomaron la puerta y, tras ella, el coche, guiando a Madrid, pareciéndoles que, si les siguiesen, sería por el camino de León.

La huéspedada del mesón, viendo que no venían a recogerse, quiso reconocer los aposentos; donde, hallando encerrado aquel preso de amor y necesidad, le envió libre, tanto porque le conoció y creyó de él la historia como porque no le faltaba cosa alguna de sus muebles.

LA HIJA DE CELESTINA Y DEMÁS COMPAÑEROS
PROSIGUEN SU CAMINO, Y ELLA CUENTA
A MONTÚFAR SU VIDA Y NACIMIENTO

PONIALES el miedo alas a Elena y sus compañeros, y al cochero cierta cantidad con que le untaron las manos, dándole a entender que para negocio de mucha importancia

les convenía pasar a Madrid; y así, más parecían aves por el viento que caminantes por la tierra.

El que mal vive no tiene casa ni ciudad permanente, porque, antes de poner los pies en ella, hace por donde volver las espaldas, ganando con uno a quien ofende a todos por enemigos; porque, como se recelan justamente de igual daño, recibe[n] la ofensa por común; y aunque sea criatura tan desamparada del socorro del cielo que nunca tenga pesar del mal que hace, por lo menos jamás le falta el del temor, considerando cuán graves castigos le están guardados si da en las manos de la justicia. Este oficio miserable, que con tanto estudio y peregrina diligencia infinitos aprenden, de robar lo ajeno, tiene una condición extraña en que de los otros muchos se aparta y es que a los demás, lo que ordinariamente los sucede [es que] sus profesores viven tantos años en ellos que, vencidos de la edad, viéndose inútiles para el trabajo, los dejan porque les faltan fuerzas y no vida; pero a este ejercicio de quien vamos hablando, como mueren siempre en lo más verde y lozano de la edad en manos ajenas y con no poco acompañamiento los que de él se valen, déjanlo por falta de vida y no de fuerzas.

Hombre, ¿es posible que, cuando no tengas ojos para ponerlos en el respeto que a Dios debes, pisando la honra que tus padres te comunicaron —que, aunque fuesen de humilde nacimiento, como viviesen debajo de las leyes, sin ofensa de Dios y de su vecino, eran nobles en lo más importante—, que quieras más la bajeza de un vicio que veinte años de vida, que te quita un verdugo? Locuras tiene el mundo y naide hay en él tan bien aconsejado que deje de alcanzar su parte; pero esta es, sin duda, la más ciega y a quien aun no ampara ni disculpa la flaqueza natural si no es en el último extremo.

Ellos caminaban, y, aunque la hora de la noche pedía sueño, el temor no consentía porque es cama muy dura: sobre ella naide descansa; al más perezoso inquieta y desvela haciéndole contar igualmente todas las horas de la noche, que, aunque sea muy breve, siempre la que no se duerme parece una eternidad.

Elena, que quiso divertir a Montúfar para que no se desanimase, porque en los suspiros que iba dando mostraba más arrepentimiento que satisfacción, dijo así:

—Muchas veces, amigo el más agradable a mis ojos, y por esta razón entre tantos elegido de mi gusto, me has mandado —y yo he deseado obedecerte— que te cuente mi nacimiento y principios, y siempre nos han salido al camino estorbos que no han dado lugar. Agora nos sobra tiempo, y el que nos corre, tan triste que necesita mucho de que le busquemos entretenimiento. Y porque el que yo te ofrezco sin duda te será muy apacible, por ver si en la mucha ociosidad de esta noche puedo dar fin a lo que tantas veces empecé, prosigo.

»Ya te dije que mi patria es Madrid. Mi padre se llamó Alonso Rodríguez, gallego en la sangre y en el oficio lacayo, hombre muy agradecido al ingenio de Noé por la invención del sarmiento. Mi madre fue natural de Granada y con señales en el rostro, porque los buenos han de andar señalados para que de los otros se diferencien. Servía en Madrid a un caballero de los Zapatas, cuya nobleza en aquel lugar es tan antigua que naide los excede y pocos los igualan. Al fin, esclava, que no puedo yo negarte lo que todos saben. Llamábanla sus amos María, y aunque respondía a este nombre, el que sus padres la pusieron y ella escuchaba mejor fue Zara. Era persona que en esta materia de creer en Dios se iba a la mano todo lo que podía, y podía mucho porque creía poco. Verdad es que cumplía cada año con las obligaciones de la Iglesia, temerosa de estos tres bonetes que dejamos en Toledo, porque de su cárcel salieron a morir mis abuelos. Íbase a los pies del confesor a referir los pecados de sus amos, de quien siempre se quejaba, porque su persona la justificaba tanto que, si fuera verdad lo que ella al padre de su alma decía, la pudieran canonizar. Pareció bien en su mocedad; y tanto, que más de dos de las cruces verdes y rojas desearon mezclar sangres ofreciéndole la libertad; pero ella, que con natural odio, heredado de sus mayores, estaba mal con los cristianos, se excusó de no juntarse con ellos; y así, hizo de esto firme voto a su profeta, que observó rigurosamente, exceptando los gallegos, por parecerle que entre ellos y los moriscos la diferencia no es considerable.

»Bajaba a lavar la ropa de sus amos y la de algunos criados de importancia los sábados a Manzanares, río el más alegre de fregonas y el más bien paseado de lacayos de cuantos hoy se

conocen en España, en cuya prueba, si fuera necesario y alguien lo dudara, trujera muchos lugares autorizados de poetas. Allí acudían a celebrarla, el rato que podían hurtar a sus amos, todos cuantos esclavos había de sillas en la corte. Y ella igualmente remediaba necesidades con la misma voluntad al de Túnez que al de Argel, aunque a los de Orán parece que con alguna diferencia de más agrado recibía, porque tenía deudos en aquella tierra y, aunque no la traían cartas de favor en recomendación, ella sabía a lo que debía acudir y así lo hacía con toda diligencia.

»Túvola tanta en agradar a su ama que, cuando murió, la dejó libre en agradecimiento de que la acabó de criar una criatura con mucha salud después de haber andado en manos de infinitas amas enferma, y tanto que los médicos desesperaron de su vida. Púdolo hacer ella muy fácilmente porque los más años, imitando a la buena tierra, daba fruto, que de algo la había de servir la conversación de tanto moro caballero con quien solía emboscarse por aquel soto y quitarse todos los malos deseos.

»Luego que se vio libre, como para acudir a las necesidades de esta vida, que son tantas y todas tan importunas —quien nace sin renta ha menester oficio—, se aplicó al de lavandera; y hácialo con tan extremada gracia y limpieza que quien no traía la ropa lavada de manos de la morisca no pensaba que podía parecer a los ojos curiosos de tanto cortesano sin vergüenza.

»En este tiempo, que ya ella estaba cerca de cumplir una cuarentena de años, se casó con el buen Rodríguez, aquel mi honrado padre que Dios haya perdonado. Admiráronse mucho todos los que le conocían la condición de que hubiese celebrado bodas con una mujer que traía siempre las manos en el agua; pero él se excusaba con decir que al amor todas las cosas son fáciles.

»Hízose luego preñada de mí, que, por habérsele muerto los demás hijos, lo deseaba mucho. El parto fue feliz porque no le trujo la costa peligrosa de dolores y ansias que otros suelen.

»Ya ella había mudado de oficio, porque volviéndosele a representar en la memoria ciertas licciones que la dio su madre —que fue doctísima mujer en el arte de convocar gente

del otro mundo, a cuya menor voz rodaba todo el infierno, donde llegó a tanta estimación que no se tenía por buen diablo el que no alcanzaba su privanza—, empezó por aquella senda. Y como le venía de casta, hallose dentro de pocos días tan aprovechada que no trocara su ocupación por docientas mil de juro, porque creció con tanta prisa este buen nombre que, antes que yo pudiese roer una corteza de pan y me hubiesen en la boca nacido los instrumentos necesarios, tenía en su estudio más visitas de príncipes y personas de grave calidad que el abogado de más opinión de toda la corte. Y naide se espantaba de ello, antes todos conocían ser puesto en razón, porque también ella parecía siempre que era necesario en juicio y defendía causas; de tal suerte que en el tribunal del amor no se determinaba negocio sin su asistencia, porque era sujeto en quien concurrían todas las partes necesarias: oía a todos con atención, despachaba con puntualidad y satisfacción de la parte, y al que no tenía justicia le desengañaba luego. Si se prendaba por Pedro y era su contrario Juan, le huía el rostro, avergonzándose infinito de lo mal que en esto proceden muchos juristas. Y así, decía muchas veces:

«—No quiero abarcar mucho viviendo con malos tratos. Hágame Dios bien con lo que lícitamente puedo ganar, que con eso lucirá mi casa y crecerá mi hija.

»Y sobre todas sus gracias, tenía la mejor mano para aderezar doncellas que se conocía en muchas leguas, fuera de que las medicinas que aplicaba para semejantes heridas estaban aprobadas por autores tan graves que su doctrina no se despreciaba como vulgar. Y hacía en esto una sutileza extraña: que adobaba mejor a la desdichada que llegaba a su poder segunda vez que cuando vino la primera. De modo fue, amigo, lo que te cuento, que sucedió en realidad de verdad que hubo año, y aun años, que pasaron más caros los virgos contrahechos de su mano que los naturales. Tan bien se hallaban con ellos los mercaderes de este gusto [que] parecía que tenía tantas almas como personas con quien trataba, porque se ajustaba tan estrechamente a sus voluntades que cada uno pensaba que era otro él.

»Como el pueblo llegó a conocer sus méritos, quiso honrarla con título digno de sus hazañas; y así, la llamaron todos

en voz común Celestina, segunda de este nombre. ¿Pensarás que se corrió del título? ¡Bueno es esto! Antes le estimó tanto que era el blasón de que más cuenta hacía.

»Mientras ella andaba en estos ejercicios, el bueno de mi padre acudía a sus devociones sin dejar ermita que no visitase, en cuya jornada, como iba a pie y eran tantas, solo Dios y él saben los muchos tragos que pasaba, haciendo tan largas oraciones que muchas veces se quedaba arrobado hora[s] y horas, y aun las noches y días enteros.

»Pasolo bien mucho tiempo hasta que un muchacho que le andaba a los alcances dio noticia a los demás y, entre otros renombres que le achacaron, el que más le dolió fue Pierres. A los principios de esta persecución que él padecía del vulgo pueril, que suele ser el más desvergonzado y el menos corregible, valiose de una industria, que fue excusarse de las calles principales; pero él hizo obras tales que llegaron a conocerle en los últimos arrabales, donde le cantaban la misma musa. Estuvo muy determinado, casi, casi resuelto a tener vergüenza apartándose de este mal vicio por excusar la afrenta; pero como achaque antiguo y envejecido en la persona, con la edad curose mal y, por más que afirmó los pies, volvió a dar de cabeza, sin hallarle remedio los médicos, que con esta enfermedad acabó sus días, con no poco dolor del pueblo que con él se entretenía, en este modo:

»En una fiesta de toros donde se hallaron los reyes, entró a romper unos rejones en presencia de los ojos de su dama, por pagarles un singular favor que le habían hecho, cierto príncipe acompañado de más de docientos lacayos todos de una librea. Entre los que vistió fue uno mi padre; y como él, antes de entrar en la plaza, hubiese acudido a sus estaciones y trujese la cabeza trabajosa, tanto que se había bajado el gobierno del cuerpo a los pies, pensando que huía del toro, le salió al camino y se arrojó sobre sus cuernos. Llegaron apriesa para valerle todos los caballeros, pero ya él había dado su alma a Dios y a la tierra más vino que sangre.

»A todos les pesó y a su amo más que a todos. Al fin, con traerle a casa para que le diésemos sepultura, le hicieron pago. Mi madre y yo le lloramos, como cuerdas, lo menos que pudimos, y aun

para esto fue menester esforzarnos. Decían unos vecinos nuestros, gente de no mala capa, pero de ruin intención, considerando la vida de mi padre, que fue pacientísima, y después la muerte en los cuernos de un toro, que se había verificado bien aquel refrán: «¿Quién es tu enemigo? El que es de tu oficio». Y sobre esto globaban otros extendiéndose a muy largos comentarios. Nosotras hicimos a todo oídos de mercader, hasta que el tiempo, que olvida las cosas más graves, sepultó esta entre las demás.

»Ya yo era mozuela de doce a trece, y tan bien vista de la corte, que arrastraba príncipes, que, golosos de robarme la primera flor, me prestaban coches, dábanme aposentos en la comedia, enviábanme, las mañanas de abril y mayo, almuerzos, y las tardes de julio y agosto, meriendas al río de Manzanares. Mirábanme, envidiosas, algunas de estas doncelluelas fruncidas y decían:

«—¡Miren con el toldo que va la hija de Pierres y Celestina!

»Sin acordarse que yo me llamaba Elena de la Paz. Elena, porque nació el día de la santa; y Paz, porque se llamaba así la comadre en cuyas manos nació; que, sacándome después de pila, quiso hacerme heredera de su nombre.

»Ellas me cortaban de vestir aprisa, y mucho más los sastres, porque como mi madre se resolviese a abrir tienda, que al fin se determinó antes que yo cumpliese los catorce de mi edad, no hubo quien no quisiese alcanzar un bocado obligándome primero con alguna liberalidad. Y fueron tantas las que conmigo usaron, que ya me faltaban cofres para los vestidos y escritorios para las joyas.

»Tres veces fui vendida por virgen: la primera, a un eclesiástico rico; la segunda, a un señor de título; la tercera, a un ginovés que pagó mejor y comió peor. Este fue el galán más asistente que tuve, porque mi madre envió un día, valiéndose de sus buenas artes, en un regalo de pescado que le presentó, bastante pimienta para que se picase de mi amor toda su vida. Andaba el hombre loco, y tanto que, habiendo destruido con nosotras toda su hacienda, murió en una cárcel, habrá pocos días, preso por deudas.

»Temiose mi madre de la justicia y quiso mudar de frontera. Partímonos a Sevilla; y en el camino, por robarla, unos

ladrones la mataron. Y acompañárala yo en esta desdicha si no me hubiera quedado, en razón de venir con poca salud, más atrás dos leguas. Supe la triste nueva de su muerte luego y, sin pasar más adelante, me volví a Madrid, donde te encontré en casa de aquella amiga y me aficioné de tus buenas partes, siendo el primer hombre que ha merecido mi voluntad y con quien hago lo que los caudalosos ríos con el mar: que todas las aguas que han recogido, así de otros ríos menores como de varios arroyos y fuentes, se las ofrecen juntas, dándote lo que a tantos he quitado.

»De allí, como tú sabes, pasamos a esta ciudad de Toledo, de donde volvemos tan acrecentados que, si no tuvieras más angosto el ánimo de lo que yo pensé, trujeras mejores alientos. Y porque parece que la conversación ha sido salsa que te ha hecho apetecer el sueño, sosegando algún tanto la inquietud de tu espíritu, reclínate un poco y reposa, considerando que todo lo que el miedo es bueno antes de cometer un delito, porque suspende la ejecución de él, es malo después, porque turba al culpado tanto, que suele, en vez de huir de quien con diligencia le busca, ponerse él mismo en sus propias manos.

VESE LA HIJA DE PIERRES Y CELESTINA EN PELIGRO
DE PAGAR CON LA VIDA EL HURTO Y LÍBRASE
POR SU HERMOSURA

YA Montúfar dormía, y el alba despertaba tan bella que el ave, la planta, la flor y la fuente la saludaban cada una a su modo: el ave cantando, la fuente riendo, la flor y la planta comunicando al aire más vivo olor, cuando allá el desposado, cansado de la noche y más sobrado de mujer de lo que él quisiera, deseaba huir la compañía y la cama. Apretábanle mucho los deseos de la forastera hermosa, que la imaginación más perfecta se la pintaba mientras más en ella discurría, haciendo agravio y bien grave ofensa a su esposa por ser mujer que podía pretender lugar entre las que mejor en la ciudad pare-

cían; y se le daban de justicia; tanto que, en el tiempo que se pudo dejar servir honestamente, despertó muchos cuidados, llevándose las voluntades de hombres cuyos corazones altivos siempre se ocupaban en los mejores sujetos; y alguno de ellos siguió con tan fiel espíritu esta carrera que, en aquel mismo tiempo, suspiraba por la posesión que don Sancho aborrecía. ¡Qué de faltas tiene este ídolo de la naturaleza, este rapaz que se ha usurpado, siendo tirano, el nombre de amor! No sé cómo hay en el mundo quien le mire a la cara, admitiéndole siempre en sus conversaciones la gente más principal. Y no es la menos importante esta de no conformar voluntades: el otro suspiraba por la desposada; ella, por el ingrato que tenía al lado, a quien amaba con verdad de corazón y le había conocido la tibieza de la voluntad; y él, por la fugitiva Elena. Y entre los tres, quien justamente merecía grave pena era el triste, el infeliz don Sancho, pues, pudiendo descansar en los honestos y hermosos brazos de su mujer, cudiciaba los de una vil ramera que había sido y era pasto común, entregándose por bajos precios a todos aquellos que con medianas diligencias la pretendían.

Tan torpe es la condición de nuestro apetito que, aborreciendo el manjar limpio y saludable, jamás se ve harto del más dañoso y grosero. Sírvenle al otro príncipe platos de tanto regalo y curiosidad que solo su olor consuela de tal suerte el olfato que, cuando no trujeran otra salsa sino esta, bastaba para poner alientos a los que ha cien años que están debajo de la tierra; y después de haberlos mirado con mucho desdén y probádoslos con más ansias y melindres que una preñada primeriza, manda que los levanten y le suban la chanfaina que está aderezada para que coman los criados. Y da tras ella con tan buen ánimo que parece arriero que, después de haber caminado desde que se rió el alba hasta las nueve o diez de la noche sin comer más de lo que almorzó, se sienta a cenar en la posada tan cansado y hambriento que corren peligro los huéspedes si no le acuden con puntualidad y abundancia. Todo este mundo está lleno de malos gustos, y el peor es el de los señores, porque, como les sobra el bien, le desprecian y buscan el mal a costa de muchos pasos, a fuerza de infinitos

dineros y a importunación de prolijos ruegos; permitiéndolo así el cielo porque, fuera del pesar tras quien se afanan, no le tengan menor en el cansancio con que le solicitan.

¡Hombre miserable, que pierdes la ocasión de ser el más dichoso de la tierra! Tú, a quien dio el cielo las dos mayores comodidades, las dos más grandes ventajas que puede tirar el gusto humano, como son larga hacienda y mujer propia que te iguala en la calidad, hermosa en las partes del cuerpo, discreta en las del alma; y en las unas y en las otras a tu satisfacción y a la de los ojos de tus vecinos, que siempre en esta materia ven más que los tuyos; honesta y vergonzosa, ¿qué buscas?, ¡si tienes dentro de tus puertas, debajo de tus llaves, para el alma entretenimiento, para el cuerpo deleite, seguridad para la honra, acrecentamiento para la hacienda, y al fin, quien te dé herederos que en la mocedad te entretengan, en la vejez te sirvan y respeten y, después de muerto, te honren con sus virtudes, tanto que, viviendo en ellos tu nombre, se halle tu sangre mejorada! ¿Sabes, por tu vida, adónde vas? Pues espérate un poco; oye, que no seré largo: a quemar tu hacienda, a echar por el suelo tu reputación, a volver las buenas voluntades de tus deudos y amigos espadas que deseen bañarse en tu sangre. ¿Que fías en tu mujer porque agora es santa y virtuosa? ¡Ay, qué poco le debes a la experiencia! ¡Mal conoces las flaquezas de nuestra naturaleza miserable! Amigo, el caballo más bien castigado, el que se ha llevado en fiestas públicas los ojos y las voluntades de la plaza, si sube en él un mal jinete, que a un mismo tiempo le tira la rienda a dos manos y le clava las espuelas con dos pies, arroja coces y no para hasta tenderle por el suelo con vergüenza suya y risa de los ojos que le ven. La mujer honesta, la de más buen ejemplo, si la ponen ocasiones apretadas, se cansa, si no en esta, en aquella; y si no en aquella, en la otra y, dando corcovos, corre desenfrenada y no para hasta dar con el marido y su honra por uno y otro despeñadero, sin dejar barranco adonde a él y a ella no los arrastre. Verdades he dicho, y muchos me oyen. A quien bien le pareciere[n], cárguese de ellas y provea su casa, que yo de balde las ofrezco.

El reloj dio las diez del día cuando a don Sancho le metieron a la cama un papel de su tío en que le refería el caso de

la noche pasada, y cómo estaba desengañado de que no tenía culpa; porque aquellas mujeres, después de haberlas buscado personas de mucho cuidado por el lugar desde que amaneció hasta aquella hora, no parecían en ninguna posada ni mesón; y así, le pedía que le hiciese placer de despachar uno de sus criados en busca suya por el camino de Madrid, porque por todas las demás partes, si no era esta, habían salido personas de confianza.

Don Sancho, que era mal sufrido y se sintió tocado en la parte más dolorosa, ya agraviado de la burla, ardiendo en justo coraje, ya pesaroso de la hacienda perdida, pidió de vestir con muchas voces y, contando brevemente a su mujer y cuñados que habían robado a su tío la noche pasada unos ladrones, sin decirles el modo aunque la cantidad sí, mandó que le buscasen postas. Y sin ser bastantes los ruegos de todos los presentes a detenerle, comiendo un bocado, después de haber tomado del pajecillo de su tío, que fue el que alumbró a Elena al apearse y al subir del coche, así las señas de él como las del cochero, se puso a caballo con dos criados a quien él tenía por hombres seguros para cualquier ocasión peligrosa y corrió la posta camino de Madrid.

Iba tan divertido de la ira, tan sujeto al deseo de la venganza que no se acordaba de Elena; hasta que, después de haber corrido seis leguas, al mudar otra vez la posta, como estaba ya más gastado el enojo y se le había aflojado un poco la pesadumbre, tuvieron lugar otros pensamientos de hacer su oficio. Vio en ellos tan hermosa y agradable a su forastera que mil veces quiso volver las riendas a Toledo y decía estas razones consigo a solas:

«¿Es posible que soy tan tirano de mi propio gusto que, al tiempo que mis pies se habían de ocupar en buscarme este bien que tanto deseo, voy huyendo del lugar adonde le vi? Que sería triste yo y mil veces miserable si aquel ángel a quien di el alma, como era mujer forastera, no estuviese en la ciudad cuando yo volviese; justamente pagaría este mal consejo con dar desesperado fin a mis verdes años. ¿Qué me suspendo tanto en esta consideración? ¿Qué pretendo en la dilación? ¡Volvamos, volvamos y sea luego! ¡Oh posta, y qué cierto es que, si como corres con

largo paso, fueras tan veloz que usurparas su vuelo al águila, me habías de parecer en esta ocasión perezosa! Mas ¿con qué reputación puedo, sin llevar ninguna razón de lo que salí a buscar, parecer a los ojos de aquellos contra cuya opinión intenté esta jornada, dejando que de mí se burlen unos ladrones que, por camino tan nuevo que no se sabe otro ejemplar, robaron la casa de mi tío y desacreditaron mi reputación?».

Esta batalla tan sangrienta se daba en el corazón del pobre mozo cuando, antes de llegar a Getafe, descubrieron el coche de Elena los criados que del muchacho habían tomado las señas puntuales y empezaron a decir en voz alta:

—¡Albricias, señor, albricias! ¡Aquel es, no hay duda! ¡Es, por Dios, lo que buscamos!

—Miraldo bien —dijo él.

—No hay qué mirar —replicaron.

—Malo está de conocer —respondioles don Sancho—. ¡Pues caminad más y detenelde!

Obedecieronle, haciendo parar el coche con no poco ruido poniéndosele delante con las espadas desnudas, diciendo:

—¡Por Dios, señores ladrones, que han echado mal lance!, ¡caído han en el lazo!

Alborotose el cochero, y más Montúfar, a quien Elena hizo quitar del estribo. Y, poniéndose en él para el remedio de tanta turbación, vio que ya llegaba don Sancho, que venía con la daga desnuda con intento de herir con ella a quien hallase más cerca. Pero ya que estaba junto, al tiempo que alzaba el brazo para ejecutar el golpe, reconoció los ojos que le habían vencido y, refrenando la mano y dando lugar a la vista que de espacio examinase la verdad de aquel rostro y viese si era el que él tanto amaba, como de repente le había parecido, como se afirmase segunda vez y reconociese ser así, pensó que sus criados se habían engañado, porque siempre, de la cosa amada, presume el amante inclinaciones honradas y nobles respetos. Y como si él conociera a Elena por persona abonada desde el día de su nacimiento y no fuera posible en el mundo que mujer de tan buen talle fuera ladrona, como verdaderamente lo era, arrojando la daga y desnudando la espada, dio tras ellos diciendo:

—¡Pícaros, hombres viles! ¿No os dije antes de llegar a este coche que mirásedes bien si era lo que se buscaba? ¿Por qué no lo considerastes, locos? ¿Por qué quisistes que diéramos de ojos en tan vergonzosa afrenta?

Los pobres criados, como no traían otro testimonio más autorizado que las señas que habían recibido del pajecillo y viesen la rara belleza de aquella mujer —que a todos obliga un rostro hermoso, y más cuando el sujeto es peregrino—, dándose por vencidos y volviendo las espadas a su lugar, les pareció que sin duda se habían engañado y que su amo tenía razón culpándolos justamente y haciéndoles de cortesía el no cortarles las caras y romperles las cabezas.

Don Sancho pidió a Elena perdón, contando la causa del atrevimiento de sus criados, suplicándola considerase cuán fácilmente se engaña una persona, y más, apasionada.

—Mire Vuestra Merced, señora —prosiguió diciendo—, a lo que está sujeta la gente principal en el mundo, pues si yo no vengo aquí acompañando a estos, alborotaran ese lugar primero y, valiéndose de los recaudos que traen, vuelven a Vuestra Merced presa a Toledo por ladrona. Bien creo yo que Vuestra Merced lo es, y tanto que, por vida mía, que no jure en su abono, ¡pero de voluntades y corazones!, que de tan bello rostro más lícito es presumir que roba almas que dineros.

Elena agradeció al cielo que la hubiese dado tan buena cara que ella sola bastase a servir de disculpa de todas las obras malas que hacía sin traer más testigos en su descargo; y, quietando su espíritu, satisfecha de que los mismos que habían venido a buscarla la desconocían, respondió con mucha modestia palabras breves, porque quien mucho se disculpa cuando naide le acusa abre la puerta a toda sospecha y mala presunción.

Don Sancho se admiraba de ver por el camino tan extraño que había hallado lo que él injustamente llamaba «su bien», y, loco, decía que sin duda las estrellas le querían dar ocasión de quedarles agradecido toda su vida en aquellos amores, pues le recibían con los brazos abiertos, guiándole ellas para que los hallase y trayéndole como forzado, pues tantas

veces quiso volverse a buscarlos donde era fuerza perderlos para siempre.

Preguntóle su nombre y en qué barrios de Madrid se aposentaba, porque iba con intento de serla muy gran servidor si le daba licencia. Ella le dijo que estimaba mucho la merced y, mintiéndole en el nombre y la casa, asegurándole que, llegados que fuesen allá, se hablarían más largo, le pidió prosiguiese su jornada y no tratase de quererla acompañar, porque era mujer casada y la esperaba una legua de Madrid su marido en un coche de rúa; fuera de que no se fiaba de los criados que traía al lado.

Diola crédito y, pareciéndole que las razones obligaban, contentándose con aquel breve rato por buen principio de su pretensión, cobrando ánimo con el airecillo de las esperanzas que se había levantado en el pensamiento, picó la posta y pasó a Madrid.

DON SANCHO SE VUELVE A TOLEDO Y DE ALLÍ
PASA A BURGOS, CANSADO DE BUSCAR EN MADRID
A ELENA; Y ELLA Y MONTÚFAR HUYEN DE LA CORTE
EN HÁBITO DE PEREGRINOS. ELENA HACE UNA
BURLA A MONTÚFAR, DE QUE ÉL TOMA SATISFACCIÓN

LAS congojas y fatigas de un amante, la inquietud de su pecho, la eterna solitud de sus ansias no consiente comparación: es calentura con crecimientos que no deja sosegar al enfermo, que, dando vueltas en la cama buscando alguna parte fría que alivie su fuego, en todas halla su daño. Ya pide que le aderecen la cabecera más alta y se arrima a una torre de almohadas, que en breve tiempo arroja por el suelo; ya que le pongan a los ojos variedad de vidros preñados de agua por beberla con ellos en tanto que a la boca le dan licencia; ya se alegra con las visitas de los amigos, ya se ofende de que toquen los umbrales de la puerta; al fin, aquel miserable cuerpo no sosiega hasta que la calentura se despidе.

(¡Triste del amante que corre tras el interés torpe de su apetito, pues no conoce lugar de reposo en tanto que no consigue el efecto de su deseo! ¡Dura ley estableciste, dura y forzosa, madre naturaleza, cuando obligaste al hombre, rey de todas las criaturas, que siguiera los antojos de una mujer fácil, que solo se desvela en buscarle su perdición!).

Así padecía el miserable don Sancho, que tres días ocupó su persona en buscar a Elena valiéndose también de las diligencias de sus criados, encargándose muchos amigos del mismo cuidado. Pero perdían el tiempo y los pasos porque, otro día siguiente, Elena, Montúfar y la honrada vieja, recelándose justamente del peligro a que se arrojaban si prosiguiesen con la conversación del caballero toledano, de quien era dificultoso guardarse viviendo todos dentro de unos mismos muros, encomendando sus muebles a personas de satisfacción y llevando consigo todo el dinero y joyas que tenían, se vistieron unos hábitos de peregrinos y, tendiendo las velas para Burgos, empezaron su viaje, por ser Méndez —que se llamaba así la vieja— natural de aquella ciudad y tener una hermana en ella, en cuya compañía les pareció que estarían con más espaldas para cualquier caso que se ofreciese.

Al fin, don Sancho se desengañó y, viéndose burlado, dio la vuelta a su casa corrido y vergonzoso, y con tanto dolor que en todo el camino, hasta que llegó a los brazos de su mujer, no habló palabra. Recibiéronle en su casa con unas cartas de mucho dolor en que le avisaban que un hermano suyo natural, prebendado en la santa iglesia de Burgos y de los más ricos eclesiásticos de ella, estaba con enfermedad grave en aquella ciudad, y que si no acudía presto, corría peligro la herencia. Y así, reposando aquella noche en Toledo, el siguiente día volvió a tomar postas y partió a Burgos.

Ya iba descontenta Elena del lado de Montúfar, a quien llevaba aborrecido con el mismo extremo que le amó, por haberle conocido en el ánimo tan pocas fuerzas. Mirábale con ojos de desprecio como a hombre cobarde y de corto corazón. Quisiera abrir una puerta, si la ocasión la diera las llaves, por donde huirle el rostro para toda la vida. De esta opinión fue siempre la venerable Méndez, porque la pesaba

mucho de ver en casa quien la mandase a ella y gobernase a su ama, gozando con descanso el fruto que con tanto sudor y fatiga las dos adquirirían. Y entonces, como le pusieron el cabe cerca, tirole hasta pasarle de la raya. Díjole a Elena a cuántos daños estaba sujeta, representándole que era como los esclavos que andan en las minas, que, después que con largo afán sacan el oro que la avarienta y escasa tierra guarda retirado, lo llevan a sus amos, que les pagan con darles una miserable comida y, tal vez, en lugar de ella, muchos palos y no pocas coces. Advirtiola que era tan breve don la hermosura que, antes de muchos años, había de mudar con ella el espejo de lenguaje, diciéndola en vez de las lisonjas muchos pesares, pintándola tan fea como entonces hermosa. Y prosiguiendo con su discurso muy enojada, más a fuerza de la pasión que de la razón, aunque en esto la tenía, pronunció estas palabras:

—Sabed, señora, que, en llegando una mujer a los treinta, cada año que pasa por ella la deja una arruga. Los años no se entretienen en otra cosa sino en hacer a las personas mozas viejas, y a las viejas mucho más, que este es su ejercicio y mayor pasatiempo. Pues si por haber vivido una mujer mal, adquiriendo con torpes medios hacienda, cuando llega a la vejez, aunque la goza descansada, es triste vida por ser afrentosa, ¿cuánto peor estado será el de aquella que tuviere juntas la afrenta y la pobreza? ¿A quién podrá volver a pedir la mano en una necesidad? Si vos, por el servicio de Dios y por la vergüenza de las gentes, os retiráredes con los bienes que tenéis para casaros con un hombre que, procurando enmendar vuestra vida pasada, corrigiera los borrones de las afrentas, no me pareciera mal; mucho gusto recibiera de que con este tal abrazáredes vuestro caudal; pero con un pícaro hombre de ruines entrañas y de bajo ánimo, cuyo corazón es tan vil que se ha contentado y satisfecho para pasar su vida de este bajo entretenimiento en que se ocupa, estafando mujeres, comiendo de sus amenazas y viviendo de sus insolencias, locura es, necesidad sin disculpa, gastar con él la hacienda y el tiempo.

Elena oyó el discurso con gusto, pagándose mucho de todas las razones, aunque no se le hicieron nuevas, que su ingenio

sutil estas y otras de más importancia había hallado para el caso; pero entonces las abrazó de mejor voluntad por ver que había otro voto más que el suyo y quien le daba no pretendía engañarla en el consejo.

Llegaron por sus jornadas a Guadarrama, un lugar del duque del Infantado. Aquí cayó enfermo de una gravísima calentura Montúfar, tan congojosa y acelerada que no le dejó sosegar en toda la noche. Y así, resolvió a la mañana que pues su salud era a lo que debía atender en primer lugar, que la jornada se suspendiese, trayéndosele médico que le curase; y este decreto le pronunció con palabras de tanto imperio como si las dos fueran sus esclavas y él absoluto señor de sus vidas y haciendas. Pero ellas, que la noche antes habían determinado no perder la vez y darle cantonada, se sentaron a los dos lados de su cama —Elena al derecho, y Méndez al izquierdo—, saludándole Elena con este discurso:

—Amigo, por tu vida (y así Dios te la dé el tiempo que Él fuere servido, que este es negocio por que no pienso importarle mucho, antes desde ahora te ofrezco en sus manos porque gusto infinito de sacrificarle las cosas que más quiero), que pienso, —¡y por Dios que pienso muy bien— que desvarías con la calentura. ¿Es posible, pobrecillo de ti (por menos tonto te pagué yo cuando te metí en casa), que no has conocido que esta mujer anciana, esta honrada Méndez que ya pasa en el mundo segura por la aprobación de sus canas, y yo, que también me pongo en el calendario, estamos muy cansadas de tus fieros con nosotras y de tus miedos con los hombres, y mucho más con las varas de la justicia? Consuélate, si esta vez mueres, con que es más noble cuchillo una calentura que un temor cobarde, y acabarás a manos de mejor verdugo de lo que yo había presumido de tu ánimo estrecho. Entre las cosas que debes agradecer a la fortuna es la principal, si bien lo miras, el haberte hecho tan bienquisto con nosotras, que, cuando vayas de este mundo, no nos echarás en ninguna costa de lágrimas; antes para aquel día, en vez de los paños negros que significan dolor, pienso vestir brocado celebrando el principio de mi dichosa libertad. Con todo eso, mira por tu salud y no te engañe el diablo pensando que esto que te decimos

es de veras, y tú, de puro bueno y agradable, creyendo que nos haces gusto en ello, te dejes morir; que estas palabras, aunque se pronuncian, no se sienten. Y a fe que te puedes consolar de que, ya que ha llegado la enfermedad a tus puertas, no te ha cogido en un lugar extraño, en un mesón y con poco dinero, sino en tu propia patria, en la casa de tus padres y cerca de tus deudos, donde se curan las enfermedades y se remedian las necesidades.

»¡Ven acá, amigo! ¿Querías tú que yo me quedase aquí a curarte y servirte? ¡Bueno es esto para tu cortesía con las damas! Y como que te conozco yo, no dirás tal aunque pensases por este camino, restaurando tu salud, resucitar todo tu linaje; y en verdad que es lo que más presto te concederemos. Aconséjote que no llames doctor si no quieres morir con más brevedad, porque el médico, en viéndote con esta calentura tan ardiente, te ha de hacer abstinente de vino; y con el mal podrás vivir algunos días aunque hayas de acabar a sus manos; pero, privado de este suave licor, yo me atreveré a jurar que no cumples las veinte y cuatro horas; conózcote y sé que no te criaste con otra leche.

Aquí Méndez le puso la mano en la cabeza y, viendo que su ama acababa, dijo así:

—En verdad que arde, señor Montúfar, y que este accidente lo toma más de veras de lo que Vuesa Merced puede pensar. Abrácese a este rosario y pase esas cuentas con devoción, y después envíe por un confesor con quien descanse limpiando su conciencia. Verdad es que la vida que Vuesa Merced ha pasado ha sido tan ejemplar que tendrá la cuenta breve y fácil el despacho. Y si no, díganlo esto todos los escribanos del crimen que en Madrid quedan, que innumerables veces fueron sus coronistas ocupando sus plumas en escribir sus gloriosas hazañas. Fuera de que Vuesa Merced tiene para en descuento de sus pecados aquel paseo que hizo por las calles más principales de Sevilla, acompañado de tantos alguaciles a caballo como el señor asistente. Verdad es que en esto hubo una diferencia: que él los lleva siempre delante, y con Vuesa Merced fueron a la retaguardia. También ha visitado parte de la Tierra Santa y [no] de paso, pues por seis años fue a Galilea,

donde padeció muchos trabajos comiendo poco y caminando siempre; y estimósele esta virtud por entonces más que a otro porque aún no tenía veinte y dos años cuando hizo tan santa romería. Pues cosa cierta es que ha de ver Vuesa Merced muy premiado en la otra vida el cuidado que siempre ha tenido de que las mujeres que ha tratado no sean vagabundas, poniéndolas a oficio y haciéndolas trabajadoras; que no solamente comían de la labor de sus manos, sino de la de todo su cuerpo.

»Por lo menos, si Vuesa Merced muere esta vez en su cama, hará una graciosa burla al corregidor de Murcia, porque tiene jurado, por vida del rey y de la de su mujer y hijos, que le ha de ver hacer piernas en la horca y estirarse de pescuezo; y cuando él esté más seguro pensando que se le llevan a las manos para ejecutar su ira, le llegarán las nuevas de que no ha lugar, diciéndole que Vuesa Merced fue persona que tuvo habilidad de morir por sí mismo sin ayuda de tercero.

»Y porque ya es hora de que partamos, por si acaso no nos viéremos más, le doy este último abrazo y adiós.

Esto dijo, y poniéndose las dos en pie, dieron pasos largos. Montúfar, que siempre las había tenido en opinión de mujeres entretenidas, porque su ordinario lenguaje —así el de la vieja como el de la moza— era todo el año burlas y donaires, creyó que hablaban de chacota con intento de divertirle como en otros tiempos hacían. Y persuadióse que el irse era para dar orden con mucho cuidado en prevenir todos los remedios a su enfermedad necesarios, porque así le había sucedido otras veces; pero esta diéronle con la mayor y, tomando las de Villadiego, aprovecharon de sus pies todo lo que pudieron.

Pareciose al enfermo que tardaban y, llamando a su huésped, supo de ella que aquellas señoras se habían ido y le dijeron que porque Su Merced quedaba durmiendo en razón de haber tenido la noche pasada mala a causa de cierta indisposición, que no le despertase hasta que él mismo de su voluntad lo hiciese. Reconoció entonces por veras —y más pesadas de las que él quisiera— las palabras que él pensó que solamente se decían por conversación; y, usando de aquel inso-

lente atrevimiento de que siempre suele[n] hombres de semejante vida, jurando y votando el santísimo nombre de Dios, amenazó hasta el camino por donde iban y el sol que las alumbraba. Esforzose por vestirse y seguirlas, pero no pudo. La huéspedea le procuró quietar disculpando a aquellas señoras en el mejor modo que su entendimiento la ofreció: bien mal y con no pocos disparates, acrecentándole más el enojo.

Él se determinó de no comer bocado hasta otro día; que, habiendo cumplido más de veinte y cuatro horas en ayunas, tomó unos tragos de caldo y un poco de ave. Valiole tanto la medicina de este buen regimiento que se sintió bueno; y así el día tercero empezó su camino en busca de sus camaradas, fiándose de que, aunque le llevaban dos jornadas de ventaja, las había de alcanzar por ser mujeres. Y así fue, porque diez leguas antes de llegar a Burgos, dio con sus cuerpos y las tocó a rebato. Ellas se previnieron luego de las mejores excusas que pudieron, y él, con rostro alegre, mostró no estar ofendido; antes procuró con mucha industria asegurarlas y, haciéndolas entender que llevaban errado el viaje, las apartó del camino real.

Y guiándolas por un monte espeso, parte adonde él sabía que naide jamás llegaba, ya que estuvo en lo más escondido y retirado de aquella desconversable soledad, despojando una daga de la vaina —a quien siempre ellas miraban con mucha reverencia y devoción, tanta que hacían por ella cualquiera cosa que les pidiese aunque tuviese muchas espinas de dificultad—, las dijo que le entregasen luego todo el oro y joyas que llevaban so pena de la vida.

Pensaron a los principios negociar con lágrimas, y más Elena, que, echándosele al cuello, vertió muchas; pero no estaban bien en la cuenta, porque aquel hidalgo se hallaba muy recio de corazón, y no era aquella ocasión para pedir mercedes. Confirmó el auto, notificándolas que, si dentro de un breve cuarto de hora no obedecían, se ejecutaría. Ellas, que vieron el peligro dentro de casa y que no había otra puerta para echarle fuera, aunque con dolor de sus corazones, sacrificaron sus bolsas. No acabó con esto de descargar toda la piedra —¡venía la nube muy preñada!— porque luego,

sacando unos cordeles que, prevenidos para el caso traía, las ató a dos árboles que estaban el uno en frente del otro, a cada una en el suyo; donde les dijo que, ya que ellas no tenían cuidado de satisfacer de en cuando en cuando por sus pecados con algunas disciplinas, las quería dar una como de su mano porque tuviesen obligación de rogar a Dios por él. Ellas pasaron por la penitencia; y después que se hubo satisfecho, sentándose en el suelo en medio de los árboles adonde estaban atadas, volvió el rostro a Elena, a quien enderezó esta plática:

—Amiga, por tu vida, que esto que te ha sucedido no lo recibas con pesadumbre, considerando que yo lo hice con muy buenas entrañas y de todo corazón. Consuélate con que, ya que me voy y te dejo, no quedas en un monte atada a un árbol y huérfana de los dineros y joyas de que te podías valer; sino rica y abundante de toda buena fortuna en tu patria, en la casa de tus padres y cercada de tus deudos, donde se curan las enfermedades y se remedian las necesidades. Por lo menos, hija, he de llevar conmigo un grave dolor que toda mi vida ha de andar a mi lado acompañándome hasta la sepultura; y este será el considerar que por mi culpa queda en este monte desierto una doncella tan virtuosa y honesta como tú a peligro de que padezca fuerza su honra en las manos de algún caminante; y siendo hija de los padres que yo sé y tú me contaste, sería daño de pesada consideración.

»Paréceme que si pasa por aquí alguno que te conozca y sea práctico y estudioso en el libro de tus buenas costumbres, si te ve atada a ese tronco, ha de maldecir árbol que tan mal fruto lleva, y aun cortarle de raíz porque no se multiplique más cada día. Y a fe que si no fuese testimonio aquel que con poca conciencia han levantado los poetas a las aguas diciendo de ellas que murmuran y ríen, que las de este monte con mucha razón lo podrían hacer de ti viendo tan humillada tu vanidad soberbia, tan arrastrada tu infame belleza y tan bien castigada tu insolente vida. Por lo menos, si esta noche siguiente duermes atada como estás, me deberás una habilidad que lucirá mucho sobre las demás que tú tienes: que será dormir en pie, gracia que no la alcanzan todos.

»Pero quédese esto aquí; que me parece que me culpa de ingrato la madre Méndez, pues en tan largo discurso no me he acordado siquiera una vez de volverle el rostro.

Así dijo Montúfar, cuando, dando espaldas a Elena y cara a la desconsolada Méndez, acudió con estas razones:

—Madre honrada, aprovéchese en esta ocasión del entendimiento que Dios le dio, a quien se encomiende de todo corazón, porque, sobre la edad que tiene, el trabajo de esta tarde temo mucho que la destierre de este mundo. Y así, es mi parecer que envíe por un confesor con quien descansa limpiando su conciencia. Verdad es que la vida que Vuesa Merced ha pasado [es] tan ejemplar que tendrá la cuenta breve y fácil el despacho. ¡Oh qué caridad! ¡Oh qué honrada señora!, pues, en vez de murmurar de faltas ajenas, toda su vida ha gastado en cubrir flaquezas de mujeres mozas; y sin tener mayor manto que las otras —que esto es lo que a todos admira, y yo alabo con tanta razón que no me pueden reprehender de apasionado—, ha cubierto con él poco menos gente que la capa espaciosa del cielo. Lo mucho que ha sabido, aun en razón de estudios y ciencias, pide mayores alabanzas que las que puede engendrar la humildad de mi corto ingenio; tanto, que sus palabras han tenido fuerza para que retrocediesen espíritus del otro mundo y volviesen a este. Y así, los señores alcaldes de corte, considerando con mucha prudencia que si los hombres por sus letras llegan a obispar, que no era justo que una mujer docta no gozase también el premio de tantas malas noches, la hicieron merced de darla una mitra. Y afirmanme que aquel día la acompañaron detrás más cardenales que al pontífice en Roma, porque un curioso que se halló presente —que por ser él comedido, sin mandárselo naide ni darle salario por ello, se puso a hacer el oficio de contador— jura que llegaron a docientos. No me puede negar una cosa, porque lo que voy a decir es doctrina llana y asentada: que cuando muera y en aquella triste hora vea, como todos, la cara y mal gesto de los diablos, que no se les hará de nuevo a sus ojos mirar semejante cuadrilla, porque para ellos más ordinario es comunicar demonios del infierno que hombres de la tierra.

»Y perdóneme Vuesa Merced el atrevimiento de haberla dado esta pequeña cantidad de azotes, porque yo me hice una cuenta y no sé si me engañé en ella; que, pues los viejos se vuelven a la edad de los niños y Vuesa Merced lo era tanto, no sería muy fuera de propósito castigarla como a criatura esta travesura pasada.

»Y con esto Vuestas Mercedes se queden con Dios, porque me llego aquí cerca y volveré lo más presto que pudiere; y si tardare, no les dé cuidado, que yo le tendré de mi persona.

Cesó aquí su discurso Montúfar y, sin gastar más tiempo ni palabras, se fue, dejándolas más muertas del temor y espanto que del cruel castigo.

QUÉDANSE ELENA Y MÉNDEZ EN AQUELLA SOLITARIA PRISIÓN, DONDE SE VEN EN MAYOR CONFUSIÓN QUE LA PASADA

ESTUVIERON sin hablarse las dos, vencidas de igual pena y turbadas con una misma desdicha, largo tiempo; cuando un perro, que venía cudicioso de una liebre siguiéndola con veloces pies, pasó por entre los árboles donde las miserables estaban atadas, y tras él el caballero que la seguía y, suspendiéndose en la mayor fuerza de la carrera, se detuvo a mirar semejante maravilla. Este era don Sancho, que, por hallarse ya con tanta mejoría su hermano que se había venido a convalecer a una aldea, donde tenía hacienda y recreación, que estaba ocho o nueve leguas de Burgos y una o poco más de aquel monte, andaba por él buscando la caza y huyendo la memoria de Elena, que siempre le fatigaba, culpándose de hombre de poca paciencia, pues no la tuvo para esperar unos días más en Madrid y buscarla siempre, pues a manos del tiempo y la diligencia mueren todos los imposibles.

Turbose de ver en aquella soledad tan extraña dos mujeres atadas, y mucho más cuando, sin bastar la diferencia del

hábito que Elena traía ni el cansancio del camino para deslumbrarle, reconoció el rostro amado. Pero como él tenía hecho concepto de que Elena era mujer principal y casada en Madrid, dudó mucho que pudiese ser ella persona que gozase de aquella libertad como era venir tantas leguas de su tierra sola y en traje semejante. Creyó que el mucho deseo le engañaba y que la perpetua ansia y fatiga de la imaginación representaba aquellas fantasías. Buscaba palabras con que hablarlas, pero ni el discurso se las ofrecía ni la voz tenía ánimo para darlas forma. Púsose de pie sobre los estribos, y después de haber corrido con los ojos todo el espacio de aquel largo sitio, viéndose tan solo, imaginó si era aquella ilusión del demonio, que, habiendo hurtado la forma de la forastera de quien tanto se dejaron obligar sus ojos, quería en aquel desierto burlarle, permitiéndolo así la justicia divina por no dejar sin castigo en esta vida su torpeza.

Ellas, que también le reconocieron y pensaron que el cielo había señalado aquel día para que pagasen en él todos los pecados que habían hecho en muchos, acrecentando miedo a miedo, no tuvieron ánimo para romper el silencio; antes, ocupadas de mayor tristeza, enmudecieron de nuevo.

El esperaba a que ellas hablasen para ver si las razones primeras le daban alguna luz con que desengañarse, y ellas estaban atentas, suspensas del mismo fin, como sucede tal vez a dos hombres valientes y diestros cuando, desafiados, riñen en el campo; que, afirmándose el uno con el otro a pie quedo, se están atentos largo tiempo esperando cada uno a que el otro se descomponga para caminar luego a la ejecución de su herida.

Pero don Sancho, cansado ya de tanta turbación, ayudado más que ellas para vencer el recelo de la naturaleza varonil, quiso ser el primer interlocutor del diálogo, y al tiempo que iba a pronunciar «¿Quién sois, mujeres?», con ardiente deseo de saber si era aquello por lo que tanto su corazón le importunaba, oyó a sus espaldas ruido de espadas y, volviendo los ojos, vio que dos cazadores de los que en su compañía salieron se acuchillaban sobre cuál de ellos había de tirar con una escopeta que era la mejor de las que allí venían y entre todas

por tal escogida. Como los consideró en tanto peligro, por acudir a la mayor necesidad, picó al caballo y partió a despartirlo[s].

Era gente villana y reñían más con la envidia de los viles corazones que con las espadas; y así, aunque la presencia de su dueño y el honrado respeto que le debían les pudiera obligar a volver los aceros a su lugar dándose abrazos de segura y limpia amistad, no fue bastante para que tres veces no reincidiesen en la pendencia, cortándose más con las palabras ruines que se decían que con las heridas que se tiraban. ¡Oh hazaña digna de pechos bajos! Verdad es que no era toda la culpa suya; tenían en la cabeza quien les hablaba al oído haciéndoles caer en estas y otras mayores faltas: el hijo de la cuba, el nieto del sarmiento, les aconsejaba; y los pobrecillos, engañados de que cosa que les sabía tan bien no les podía aconsejar nada que les estuviese mal, daban cuchilladas por el aire, y pagábanlo unos desdichados romeros, que era el sitio adonde les acometió la cólera, y empezó y perseveró siempre la pesadumbre. Hasta que ellos mismos, más por los merecimientos de su cansancio que por los ruegos del sufrido caballero, pues los esperó tanto tiempo sin medirles las espaldas a cintarazos, se dieron por buenos y recogieron sus espadas, tan dignas del nombre de mártires cuanto no del de malhechoras, pues ellas se habían lastimado en las piedras y a ellos les dejaban libres de ofensa.

Volvió don Sancho con esto a los árboles, prisión de aquellas desconsoladas señoras; pero ya no las halló en ellos. Admiróse más de esto que de lo primero, porque, como él estuvo divertido en sosegar la ira de los vinosos cazadores, no vio la persona que las dio libertad. Corrió dos veces la campaña y tan en vano la segunda como la primera. Y ya entonces, asegurado de que aquella mujer debía de ser su bien pues era bastante señal el haberla perdido, dejando el caballo, se puso en tierra y, abrazándose al árbol donde a Elena vio atada, dijo:

—¡Oh tronco dichoso! ¡Oh mil veces planta bienaventurada, pues mereciste que los hermosos brazos te ciñesen de aquella a quien amo sin conocerla y la conozco solamente

para amarla! Crece feliz, y crece tanto que, en vez de [a] las aves, sirvan tus ramas a las estrellas de asiento. Seguro estás del tronco a la copa, porque ni los rayos del cielo te herirán en ella ni los gusanos de la tierra te roerán por él. Tendrás siempre las estrellas por padrinos y a los campos por invidiosos. Tu sombra será hospedaje de salud, porque los que en ella buscaren el descanso, si llegaren enfermos, volverán alegres y sanos. Ya de hoy más excusarás a la primavera lozana el cuidado de vestirme porque no se atreverá el cano invierno a desnudarte. Las aves y las aguas, enamoradas de ti, se emplearán en darte apacible música: las unas hiriendo los aires, y las otras las piedras. Mas ¿qué nuevo pensamiento me abrasa? ¡Ay de mí, que estoy de ti celoso porque mereciste la gloria de quien tan lejos me lloro!

Suspense de estos tristes discursos se hallaba el miserable amante y desdichado cazador, pues, cuando más seguro pensó que tenía el pájaro en la red, se le voló más libre. Pero viendo que se recogía su gente y que era fuerza volver en su compañía al aldea, subió en el caballo y, llevando del campo más deseos que flores, entró en la casa de su hermano, donde más triste y menos divertido se retiró sin cenar a su aposento, a casar la melancolía con el sueño, que es la tristeza mayor.

ELENA, MÉNDEZ Y MONTÚFAR, APARTÁNDOSE
DEL CAMINO DE BURGOS, PASAN A SEVILLA, DONDE
CON ARTIFICIO TRAEN A SU DEVOCIÓN TODO
EL PUEBLO; HASTA QUE, DESPUÉS DE ALGUNOS DÍAS,
DESCUBREN LAS MANCHAS DE SU MALA VIDA,
PAGANDO CON ELLA MÉNDEZ LA CULPA DE TODOS

YA sé que me miráis todos a las manos para ver por qué puerta sale el que dio libertad a las bien castigadas matronas. ¿Quién duda que algún poeta de cartapacio —de estos que piensan que, porque trasladaron el soneto y romance de su vecino en papel que era suyo, escrito de su letra y con pluma

que les costó sus dineros, que pueden canonizar el trabajo por propio, lo hacen— se arma contra mí reprehendiéndome la flojedad [de] mi ingenio con mucha aspereza, pues se durmió en cosa que tanto importa? Sosiégate, pedante, y no te levantes tan presto de la silla, que ya soy con tu pensamiento y no te dejaré en este particular sin llenarte los vacíos. Bien sabrás que hasta agora a ningún refrán castellano se le ha cogido en mentira: todos son boca de verdades; más vale la autoridad de uno de estos y mayor doctrina encierra que seis sabios de los de esta edad. Pues entre ellos anda uno vulgarísimo que dice: «Quien bien ata, bien desata». ¡Y cómo que dijo bien! ¿Quieres verlo? Pues oye y no te escandalices.

Montúfar, que, [a] pocos pasos que había dado apartándose de los árboles, sintió quejarse el alma por la soledad que padecía sin ver los ojos de Elena, y reconociendo juntamente que aquel dinero y joyas de que la había despojado era fuerza se le acabase dentro de algún tiempo y que el verdadero caudal estaba en la belleza de su rostro, pareciéndole que ya ella y su consejera estaban tan bien castigadas que de allí adelante no se atreverían a perderle el respeto, volvió. Y con aquellas manos rigurosas que antes las habían atado, rompió los cordeles y las puso en la deseada libertad, en tanto que don Sancho persuadía con la paz a los que tan largo tiempo estuvieron en recibirla de su mano.

Hiciéronse amigos los tres y juraron olvidar las injurias; diéronse abrazos estrechos para más seguridad y decretaron no pasar a Burgos, recelosos de encontrar en aquella ciudad al caballero toledano. Con este pensamiento se conformaron, eligiendo a Sevilla por verdadero centro y último reposo de su jornada. Para este intento hallaron toda la comodidad necesaria, porque luego como entraron en el camino real, a menos de media legua encontraron unas mulas de retorno que iban a Madrid; y como el mismo mozo que las llevaba acertase a ser el dueño de ellas y pudiese, sin pender de voluntad ajena ni volver a la corte, concertarlas para donde gustase, negociaron con él todo lo que quisieron.

Valioles esta dichosa ocasión que les vino a las manos el poder efectuar su deseo, porque Elena y la venerable Mén-

dez, como mujeres criadas en el ocio de los deleites y puestas en las malas costumbres de la corte, adonde, para dar un paso desde la casa a la iglesia, o venía la silla o rodaba el coche, iban rendidas al cansancio y caminaban más en las fuerzas del espíritu que en las del cuerpo. Todo el discurso de la jornada no desveló otro cuidado a Montúfar sino el regalo de las dos, procurando con esta nueva tinta de diferente color borrar lo que con la otra había impreso en sus ánimos, repartiéndoles entonces tanta cantidad del pan como antes había hecho del palo: sacudíales con una mano y halagábalas con la otra para ver a qué son bailaban mejor. No barajaba mal las cartas para que la suerte viniera con su deseo; pero entendíanle las señoras la flor y, aunque callaban, piedras cogían esperando su ocasión. Pero después se apretaron las amistades en tan estrechos términos que se mudó el viento, y, cesando el agua, rompió el sol más alegre que nunca, amándose los tres con firmeza y verdad, que no fue pequeño milagro saber tener este trato gente ruin. Lo cierto es que más que virtud propia fue razón de estado, porque llegaron a conocer que no podían conservarse de otra suerte y temieron la ruina de su humilde imperio, considerando que la disensión había sido el cuchillo de grandes monarquías.

En todo el camino no le[s] sucedió cosa que sea digna de referirse, porque como iban huyendo, temerosos siempre de que el castigo les venía a los alcances, no trataron por entonces de acrecentar culpas, sino de darse priesa hasta llegar a tierra más segura, donde, empezando libro nuevo, se diesen a conocer por diferente estilo.

Apeáronse una legua antes de entrar en la ciudad, dando allí entera satisfacción al dueño de las mulas; y, esperando a que fuese de noche para hacerlo, se recogieron en un mesón. El día siguiente alquiló Montúfar una casilla pobre, y aderezándola honestamente, porque así convenía para poner en ejecución el modo de vida que entre los tres venía concertado, se pasaron a ella; donde vistiéndose él de buriel pardo, ferreruelo largo y sotana que llegaba hasta la media pierna, y poniéndose calzas groseras de lo mismo y zapato de vaqueta, con una campanilla en las manos, salió por las calles diciendo

en altas voces una y muchas veces: «¡Loado sea el Santísimo Sacramento!», instituyendo en los muchachos de la ciudad esta buena costumbre, enseñándoles de camino la doctrina cristiana.

Hacía esto el galeote con tanto arte, acompañando así el rostro como todas sus acciones de cuidadosa modestia, que en pocos días se alzó con las voluntades de la ciudad y halló en todas gentes, así en la ilustre como en la plebeya, general aprobación. Pedía limosna para los pobres de las cárceles, a quien llevaba de comer todos los días sobre sus hombros, cargándose unos esportones llenos de todo bastimento. (¡Oh ladrón, ladrón!, ¡no te faltaba más que dar en hipócrita para poderte coronar justamente por príncipe y capitán de los viciosos!) Acreditábanle cada día más estos ejercicios verdaderamente de virtud —aunque no usados con ella—, tanto, que ya le seguía mucha parte del pueblo con admiración y reverencia.

Corrían Elena y Méndez en hombros de la misma fama porque entrambas, vestidas en hábito de beatas y dándose nombre la una de madre y la otra de hermana del bienaventurado, se ocupaban en visitar los hospitales, para cuyas camas hacían labor: ya sábanas, ya almohadas y tal vez camisas; y en mucha cantidad, todo por su cuenta y a costa por entonces de sus bienes.

Acertó, por su desdicha, a llegar un hombre honrado de la corte a cierta comisión despachado por el Consejo de Hacienda. Y como los viese salir un día a los tres de la iglesia mayor cercados de innumerable pueblo que les besaba los vestidos y les importunaba con mucho afecto que se acordasen de él en sus oraciones, reconociendo bien la gentecilla porque él había tenido familiar trato con Elena y sabía la calidad de las almas de los tres, y que no daría el diablo la acción que tenía a ellas por ningún dinero, ardiendo en cristiano coraje y pesaroso de que se usurpasen aquellos la gloria que se debe a los que viven sin pasar los límites de los diez preceptos de la ley divina, rompiendo por el vulgo, les dijo, dando una puñada a Montúfar:

—Gente invencionera, ¿por qué miráis tan mal por la honra de Dios?

No quedó sin venganza esta precipitada resolución, porque, aunque fue justo castigo, los que cercaban a Montúfar le llamaron agravio; pues dando todos sobre él le rompieron el cuello y las muelas a mojicones, y echándole en tierra, estuvo a peligro de restituir su alma. Pareciole a Montúfar que en ningún tiempo convenía mostrar mayor esfuerzo y que si daba espaldas en aquella ocasión sería conceder mucha flaqueza, desacreditando infinito su opinión. Y así pensó una cosa, que luego ejecutó, que le dio mayor crédito con el pueblo y reconcilió el ánimo de su enemigo. Apartó la gente diciendo:

—¡Lugar, por caridad! ¡Déjenme llegar, por amor de nuestro Señor! ¡Sosiéguese, por la limpieza de la Virgen!

Como todos le respetaban tanto y su voz tuviese fuerza en sus almas tan particular que obedecían su consejo, corrigiendo el enojo, abrieron plaza por donde pasase a donde estaba aquel desdichado. Como le vio de aquella suerte, aunque su corazón se gozó allá dentro, sabroso con satisfacción tan cumplida, el rostro mostró estar de diferente parecer, pues, después de haber reprehendido la libertad del pueblo con palabras ásperas y dicho: «¡Yo soy el malo! ¡Yo, el pecador! ¡Yo, el que jamás hizo obra de que se pagasen los ojos de Dios! ¿Pensáis, aunque me veis así, que no he sido toda mi vida un ladrón vil con mal ejemplo de la república y grave daño de mi alma? Pues estáis engañados. ¡Contra mí vienen bien las saetas! ¡Desnudad para mí las espadas y tiradme a mí las piedras!», se arrojó a los pies de su contrario y, besándose los, no solamente le pidió perdón, sino que luego, como no pareciesen, porque todo se había perdido entre la confusión, su espada, sombrero, cuello y ferreruero, le llevó mano a mano por las calles de la ciudad, y, comprándole todo lo que le faltaba, le despachó con rostro risueño dándole muchos [a]brazos y bendiciones.

El hombre fue como encantado y tan corrido que, sin dar fin al negocio, aunque le traía en buen estado, hizo ausencia de la ciudad pensando que el demonio, sin duda, era el autor de semejante treta; y arrepentido mucho, porque le pareció imposible que en el ánimo de Montúfar hubiese lugar des-

embarazado para tanta humildad; y que siendo así, él se había engañado y caído en el error y culpa de los ojos, que con tanta facilidad están sujetos, como los otros sentidos, a mentir y no dar todas veces con la verdad. Como este acto de humildad se representó a vista de tanta gente, alzó la plebe la voz, entonaron los muchachos el grito «¡Santo, Santo!».

Empezó luego a gozar de una vida poltrona, porque a porfía y haciéndolo pendencia, le llevaban a comer cada día a sus casas el veinticuatro, el caballero, el señor de título, el asistente, el canónigo. Fingía tener grande sencillez de corazón. Si le preguntaban su nombre, respondía:

—El jumentillo, la bestezuela, el muladar, el lobo hediondo, el inútil.

Con esta buena fe visitaba todas las mujeres principales, revolcándose el jumentillo más en los estrados que en los establos. Dábanle limosnas liberalísimas, recogiendo Elena y Méndez por su parte otras muchas de no menor cantidad, porque era en la virtud igual la opinión. Enviábalas cada día una señora viuda, rica y muy caritativa, porque esta gustó de acudir a su ordinaria necesidad, dos platos regalados para comer y otros tantos para cenar, aderezados con mayor limpieza y regalo que si fueran para su persona. La casa no cabía de presentes ni de visitas de señoras: la casada honesta que deseaba hacerse preñada y gozar fruto de bendición acudía a verlas, y por su mano, pensando que así iban seguras, daba sus peticiones para el tribunal de Dios; haciendo lo propio la que tenía el hijo en las Indias para que volviese con salud y riqueza a sus ojos. También la desconsolada por el hermano preso y la perseguida viuda que por su desdicha pleiteaba con juez ignorante, escribano mal intencionado y enemigo poderoso, entraban por sus puertas y se engañaban creyendo que en sus labios estaba su salud. Esta enviaba las conservas; la otra, la ropa blanca; aquella, la limosna gruesa: naide venía a su capilla sin dejar ofrenda. Y ellas, muy falsas y más llenas de ceremonias que colegiales, daban respuestas breves y por la mayor parte dudosas, como verdaderas discípulas de la doctrina del demonio.

Tenían, para cumplir con los que venían a casa, unas camas humildes y penitentes; pero como se hallaban siempre, con

ocasión de que era ya para dar una cama a la pobre y necesitada viuda, ya a la doncella huérfana que se casaba, con provisión bastante en casa de rimas de colchones, buenas sábanas y mejores almohadas, en cerrándose la puerta de la calle, que en invierno a las cinco y en verano a las siete lo estaba con más puntualidad que la de un convento de recoletos, mudaba la casa pelo: los asadores hacían su oficio; cuál tomaba por su cuenta el conejo, cuál la perdiz, cuál el capón. Cubríanse las tablas luego de manteles limpios y olorosos donde los tres cenaban con buen ánimo y bebían valerosamente. Y porque no se quejasen aquellos colchones de que siendo buenos los tenían siempre arrimados como si fueran muy malos, aprovechábanse de ellos con nobleza y hacían unas camas tales que su blandura y suavidad era la verdadera salsa del sueño: durmiera en ellos un celoso, con ser este el cuidado que más inquieta el espíritu. Y aunque, gracias a Dios, había suficiente ropa en casa que se pudiera con ella hacer muchas camas, como esta gente era virtuosa y enemiga de prodigalidades, se contentaban con dos solas, porque Elena y Montúfar, siempre a las horas del acostar hacían compañía con el seguro de la hermandad en cuya opinión vivían. Ellos se pagaban de tanta estrechez, y eran tan buenos que se hallaban mejor así que pasando la noche a sus anchuras; Elenica fue siempre, de su condición, medrosa, y no reposara bien en una cama solitaria. Tenían dos criados, macho y hembra, aprendices del arte; y tanto, que también en el modo de dormir imitaban a sus señores. Así hacían penitencia hasta la mañana: esta era su oración mental, su disciplina y áspero cilicio.

No se daban manos a engordar. Y decían los que simplemente los miraban con devoción:

—¡Bendito seáis vos, Señor! ¡Y cómo premiáis a quien os sirve!, pues, viviendo estos una vida tan llena de asperezas, están más gordos que los que gozamos los regalos y pasatiempos del mundo.

¡Calla, necio! Y perdona que te lo digo en tus barbas: que no es milagro; por tu vida que no has acertado con la cuerda; poco se te entiende de este instrumento. Pregúntale al tiempo en qué consiste este misterio, que a breves vueltas, a cortos

rodeos, te pondrá la verdad delante, y tan fácil que la podrás tratar con las manos y admirarte mucho más entonces de su maldad que agora de su virtud.

En menos de tres años enriquecieron, porque demás de los regalos y dádivas grandes que les hacían los poderosos ciudadanos de Sevilla (que cada uno de ellos tiene —esto es lo más general— un mar en el ánimo que siempre está de creciente y jamás de menguante), sisaban de la bolsa de Dios con poca vergüenza: hurtaban la tercia parte del dinero que les daban para limosnas, que era infinita suma, y guardábanlo todo en oro; no amparaban en sus cofres ni permitían que en ellos tuviese asiento moneda que fuese de otro metal, desdeñándose mucho de comunicar aquellos reales de a ocho segovianos y mirándolos con desprecio. Publicaban sus apasionados que por ellos y sus oraciones hacía a aquella ciudad infinitos favores Nuestro Señor y perdonaba las culpas de tan graves pecadores como en ella vivían. En naciendo la criatura en casa de gente ilustre, para que se lograra y creciera en el servicio de Dios, los hacían a ellos los padrinos del bautismo. Sin su bendición y parecer no se efectuaba ninguna boda. La visita de mayor consuelo y regalo para los enfermos era la suya, porque creían que su voz bastaba a dar salud.

Enojose el cielo y, no pudiendo sufrir que tanta maldad durase permanente, corrió la cortina de la hipocresía de golpe, y viéronse desnudos los vicios. Y fue así: Montúfar, que era colérico, solía poner las manos más veces de las que eran menester en su criado; y aunque él le había pedido que mudase de paso porque aquel era muy alto, y tanto que con él no caminaría muchas leguas en su compañía, no quiso, o por mejor decir, no pudo vencer su condición. Y así, un día, sobre pequeño interés, le hizo una sangría en las muelas: dióle algunos mojicones con determinación. El mozo cogió la puerta y, tropezando en su misma cólera más que en las piedras, fuese a dar parte a la justicia, no del mal tratamiento, aunque llevaba los testigos en sus encías ensangrentadas, sino de la cautelosa vida de sus amos.

Estaba Elena en casa y habíase hallado presente a la pesadumbre, y como tenía espíritu diabólico, recelándose de algún

grave mal, aconsejó a Montúfar que, recogiendo el dinero, pues por estar todo en oro se podía hacer con facilidad, se retirase con ella a casa de una amiga suya de confianza y con quien ella había siempre comunicado sus más escondidos intentos. Agradole el parecer, y ejecutáronle con diligencia; desampararon la humilde casilla, donde sola quedó la criada sin saber a qué parte hacían su viaje. No pudo ir con ellos Méndez porque no estaba en casa, ni fue avisada porque no se hallaron con persona a quien encomendárselo.

Dentro de pocas horas entró la justicia y, tomándola juramento a la criada, que conformó con lo que el otro testigo había declarado, preguntaron por los hermanos benditos y gloriosa madre. De ellos no les supo dar razón, aunque más fue importunada, porque no tuvo parte en su fuga. Embargaron los bienes que había, que de ropa blanca era mucha la cantidad y la despensa no estaba tan mal proveída que por lo menos no llevasen con qué regalarse para más de cuatro pares de días el alguacil y hermano compañero en cuya pluma está la salvación o condenación de las haciendas, honra y vidas de los hombres.

Ya ellos se iban cuando, muy lejos de este suceso, bien distante de esta imaginación, entraba por casa Méndez. Dieron sobre su persona los corchetes y, cargándose de aquel cuerpo como de cosa propia, le vaciaron en la cárcel, donde se encomendó que se tuviese el cuidado que con persona de tantas prendas convenía. A los criados se les hizo treta, porque habiéndola ido a acompañar hasta la prisión, los dejaron dentro, por haber sido encubridores y partícipes en el delito, hasta la hora presente. Fuele tomada su confesión y, aunque era vieja y tenía la voz desentonada, cantó aun mucho más de lo que estaba procesado. Y así, dentro de dos días, le dio libranza el juez sobre el verdugo de cuatrocientos azotes de muerte, que se los pagó a letra vista. Siguiéronla detrás sus criados, por ser aquel el lugar que llevan los que sirven cuando van con sus señores. Y diéronles a docientos, porque no convenía a la reputación de su señora que a los ojos de aquella ciudad, donde era tan conocida, los igualasen con ella. No vivió Méndez más de cuatro días después de aquel trabajoso paseo, por-

que los azotes fueron crueles y los años eran muchos. Con esto salieron de la cárcel en un mismo día: ella, para la sepultura; y sus criados, que estaban condenados a destierro del reino, a cumplirle.

ELENA Y MONTÚFAR HUYEN A MADRID, ADONDE
SE CASAN Y VIVEN CON INFAME LIBERTAD HASTA
QUE ACABAN SUS DÍAS MISERABLEMENTE

MÁS pudo la prevención de Elena que la mucha diligencia de la justicia. Buscábanla dentro y fuera de la ciudad; no había parte adonde no la cercasen con asechanzas; y ella, como cuerda, estábase a la mira encerrada en una casa de confianza y seguridad hasta que pasasen los rayos. Corriose el vulgo de haber sido engañado, y volviendo el devoto respeto en insolente venganza, si mucho habían cantado en sus loores, más dijeron afeando sus vicios. Los muchachos, que en todos los casos públicos tienen parte y no la menor, les hicieron coplas en aquel modo que ellos saben, donde por lo menos dicen lo que quieren, y muchas veces con tan buena gracia que los hombres cuerdos y de cuyo parecer se hace siempre caso no se admiran poco. Pero la variedad de los sucesos, que trayendo unos olvida otros, dio de mano a esta novedad; y tanto, que se puso silencio en ella como si nunca hubiera sucedido. Entonces salió Elena y su compañero Montúfar, y arrebatando el camino de Madrid, vinieron públicamente, quietos sus ánimos y bien seguros de que naide les iba a los alcances.

Entraron en la corte ricos y casados, y la cara de Elena con tanto derecho a parecer hermosa que quien la daba otro nombre no la hacía justicia. Los primeros días se trató de recogimiento hasta que se aseguraron de que don Sancho de Villafañe estaba en Toledo, tan despicado de los amores como del hurto. Y así, poco a poco, fueron sacando el cuerpo del agua y empezaron a reconocer la tierra. Obligose Montúfar, cuando

se dio por esposo de Elena, a llevar con mucha paciencia y cordura, como marido de seso y al fin hombre de tanto asiento en la cabeza, que ella recibiese visitas; pero con un ítem: que habían de redundar todas en gloria y alabanza de los cofres, trayendo utilidad y provecho a la bolsa, y que, siendo esto así, no pudiese afilar sus manos en la cólera para ponerlas en ella. Movíanle para que hiciese esto grandes razones al honrado varón, y la mayor y más fuerte era el ver que se usaba mucho y parecía bien, y que él, en materia tan grave, no había de introducir costumbres nuevas, pues en las cosas pequeñas, como hasta en ponerse unos puños algo mayores de los que comúnmente se traen, es mal admitida la novedad, y se alborota un vulgo que en todas partes es bárbaro. Tomó el hábito en la religión de los maridos cartujos y profesó como los demás el voto de callar siempre, seguro de que no se le dilataría hasta la otra vida la corona de lo que padeciese en este martirio, porque luego le saldría a la frente, y, al paso que fuese padeciendo, vería coronarse.

Ella dio parte de su venida a las amigas importantes, a las mujeres de negocios que saben con habilidad acomodar gustos ajenos mejor que si fueran propios. Estas vinieron, y sacándola ya un día a la comedia, ya otro al Prado y ya a la Calle Mayor al estribo de un coche, donde mirando a unos y riéndose con otros, no despidiendo a los que se llegaban a conversación, empezó su labor y volvió con más danzantes a casa que día de Corpus Christi.

El señor, el amado esposo, no faltaba a lo capitulado, antes con su mucha modestia animaba a los amantes cobardes a que se atreviesen y los traía de la mano hasta dejarlos sentados con su mujer en el mismo estrado. Procuraba arrimarse siempre al lado de hombres de sustancia, más en la bolsa que en el ingenio; y a estos, aunque trujese la ocasión arrastrándola por muchos rodeos, alababa a su mujer con peregrinos hipérboles; tanto, que por su relación quedaban enamorados; y por no hacerlos penar mucho, como él era tan negro de bueno, sin darles lugar a que le cansasen con ruegos importunos, les ponía la caza a los ojos, para que el que la quisiese la matase, asegurándoles de que no entraban en lo vedado,

porque él tenía aquella recreación para todos sus señores y amigos. Después de haber comido a medio día, pocas veces volvía a su casa; pero por si acaso alguna vez lo hiciese desadvertido y hubiese ocupación de respeto por donde le estuviese bien aun no tocar con los pies el zaguán, se ponía siempre una seña en la ventana; alzaba él los ojos desde la esquina de su calle no con pequeña pesadumbre y miraba lo que el índice señalaba, y si no había lugar de entrar, alegrábase infinito considerando que aquello era todo acrecentar hacienda; y volviendo las espaldas, íbase un rato a alguna casa de juego, donde todos le hacían lugar: unos, de cortesía en honor y reverencia de su esposa, a cuyo blanco tiraban los más; y otros, de miedo de las armas que traía en la cabeza, recelándose justamente de algún peligro, porque el daño que les podía hacer aquel hombre no estaba en su mano sino en su frente.

Muchos picaron en la sartén, pero ninguno más bien que un hidalgo granadino, hombre de tanta calidad que estaban los papeles de su nobleza, ya que no en los archivos de Simancas, en los de la Inquisición de Córdoba. Este, pues, que descendía de ciudadanos de Jerusalén y tenía su solar en las montañas de Judea, sacó, por servicio suyo, de las cárceles oscuras donde había largo tiempo que vivía aprisionado, su dinero: vieron la luz del cielo sus doblones y supieron en qué parte de Madrid estaba la Platería, y puerta de Guadalajara, quedándose mucha cantidad de ellos en ella. Este mezquino ensanchó el ánimo y arrojó por la tierra la gruesa hacienda que había adquirido desde los humildes principios de tendero de aceite y vinagre, papel y agujetas de perro; y él, que fue escaso con su persona y se negó aun aquello por que forzosamente ejecuta la naturaleza para la comida y el vestido, entonces liberal, ocupó sus cofres de ricas galas; los escritorios, de costosas joyas; las paredes, en invierno, de paños herejes flamencos, y en verano, de telas católicas milanesas. Diole tantas camas como colgaduras y tantos estrados como camas. La Holanda se la metía a piezas, el lienzo a cargas. Tenía, solamente para regalarla, en todas las partes correspondientes: de Portugal le enviaban olores atractivos, costosos dulces, barros golosos; de Venecia, generosos vidros; de Galicia, pes-

cados; de La Montaña, pernils; de Sevilla, aceitunas; de Aragón, frutas; de Barcelona, estuches. En haciéndose en la plaza cualquier fiesta, le alquilaba la mejor ventana. Sustentaba un coche por su servicio, que todos los días, por las mañanas a las siete y por las tardes a las dos, se le clavaban a sus puertas por si quería salir de casa. En todas las comedias nuevas, tenía aposento. No había bello jardín o casa de recreación en la corte que para ella tuviese llave. Todos le concedían paso franco porque la diligencia del pobre amante se ocupaba solo en solicitarle su gusto. Agradábase Montúfar mucho del trato de este caballero cuyos pasados trujeron la cruz del santo pescador. Echábale muchas bendiciones cada día, porque, cuando estaba a la mesa y comía alguna cosa de particular regalo, decía: «¡Bien haya quien tal envió!». Cuando se sentaba en la silla, decía: «¡Bien haya quien tal me dio!». Cuando miraba a la colgadura: «¡Bien haya quien tanto bien me hizo!». Al fin, no había trasto en casa que no le diese ocasión para cubrirle de bendiciones.

Reíasele la Fortuna y mirábale apacible al honrado paciente, hasta que un día se volvió el viento, y el mar, que estaba leche, bramó con espantosa borrasca. Vio que Elena admitía la conversación de un mozuelo inútil, de estos que toman siempre a la una de la noche pesadumbre con las esquinas y juran después a la mañana que las mellas que hicieron a su espada procedieron de dar muchas cuchilladas en los broqueles de su contrario. Advirtiola una y muchas veces que no lo hiciese; pero como ella perseverase, y tanto, que, de celoso y corrido, volvió las espaldas a más no poder el caballero del aspa, sacándola un día por engaño al campo, Montúfar tomó satisfacción imitando el castigo que hizo en ella y en la ya difunta Méndez camino de Burgos.

Cegose Elena de cólera y, suspirando por la venganza, puso luego las manos en la masa. Cenaban una noche juntos después de haber pasado algunos días, al parecer, ya muy amigos; pero el ánimo de Elena estaba armado y tan deseoso de sangre como se vio por el suceso. Pidió él, como otras veces solía, algún dulce para postre de la cena; y levantose ella de la mesa muy solícita, dando a entender que el cuidado de

regalarle le inquietaba, y trujo un vidro de guindas aderezadas con tanto olor que, en poniéndole sobre los manteles, le animó más el deseo. Abriole y, con buen ánimo, se entró por el dulce adelante hasta verle el fin. Pero apenas le tuvo la conserva cuando él se halló embarazado de unas bascas mortales. Encendiósele el rostro, arrojó por el suelo la silla donde estaba sentado, desabrochó los botones, así los del jubón como los de la ropilla. En medio de esta turbación conoció su daño, y corriendo a donde estaba su espada para vengarse de quien le había dado a beber la muerte, acometió a Elena, que, temerosa, dando gritos, se entró al aposento donde tenía la cama, pidiendo favor. Detrás de las cortinas, al lado de la cabecera, estaba escondido su amigo, ocasión de estos daños, que por mal nombre le llamaban en Madrid Perico el zurdo. Parecióle que aquella ocasión era forzosa y, saliéndole al paso a Montúfar, que entraba ignorante de semejante encuentro, le dio una estocada que le pasó el corazón.

Al ruido que hizo y gritos que dio Elena cuando huía, entró un alguacil que pasaba entonces de ronda acompañado de mucha gente; y, viendo el suceso miserable, dio con ellos en la cárcel de corte. Vino luego uno de los señores alcaldes. Y confesaron sin resistencia porque la probanza estaba clara. Era el Perico hijo de vecino de Madrid y tenía dos honrados entretenimientos: uno en el Rastro y otro en el Matadero, en que sucedió a su padre y abuelo, que le dejaron con este oficio tan rico como mal doctrinado. Defendióse para no morir diciendo que el oficio de sus pasados y el suyo era matar carneros; y que por muchos que habían acabado hasta entonces en sus manos en vez de castigo se le había dado paga, y que no sabía por qué razón, siendo el difunto mayor carnero que los demás y conocido de todo el mundo por animal de este género, se había de hacer esta particular demostración poniéndole a él en prisiones y condenándole a muerte. Amargole la gracia, porque dentro de dos días le hicieron joyel de la horca, colgándole de ella con satisfacción de toda la corte. No le acompañó Elena porque a la tarde la sacaron, causando en los pechos más duros lástima y sentimiento doloroso, al río de Manzanares, donde dándola un garrote, conforme a la ley, la encubaron.

Hizo testamento y mandó restituir a don Rodrigo de Villaña el hurto, como quien podía por tener tan gruesa hacienda. Era ya muerto el viejo y heredó don Sancho, que admirado de tantos engaños como le habían pasado con Elena y mucho más de su miserable fin, propuso de allí adelante vivir honesto casado. Antonio de Valladolid, que ya era hombre y servía a don Sancho de camarero —que fue el paje que ella dejó encerrado—, tomó el hábito de una religión, que las más veces del mal fin de un malo se sigue la enmienda de infinitos vicios.

Florece entonces en Toledo, entre tantos espíritus gentiles, un poeta ilustre en escribir epitafios; el cual, siendo bien informado de la vida de Elena, trabajó este para su sepultura, con que mi pluma dará el último paso, y se cerrarán las puertas de esta historia:

Elena soy, y aunque de Grecia el fuego,
no hizo por mi ocasión a Troya ultraje;
parecí que era griega en el lenguaje,
porque yo para todos hablé en griego.

Huésped, siempre mentí, siempre hice juego,
de la verdad neguela el vasallaje;
virtud es vinculada en mi linaje,
que hasta en esto da muestras de gallego.

Dos padres virtuosos me engendraron,
gente de poco gasto en la conciencia,
padre gallego y africana madre.

Después de muerta, al agua me arrojaron
para que se vengase en mi inocencia
el mayor enemigo de mi padre.

FIN

CON LICENCIA

En Zaragoza, por la viuda de Lucas Sánchez.

Año de 1612.